

BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

"comando terrorista"

ray lester



En su despacho ubicado en el segundo piso de uno de los principales edificios del Kremlin, Eugeni Kramskoi, jefe de una importante sección del espionaje soviético, miró impasible, con rostro impenetrable, al hombre que acababa de tomar asiento al otro lado de su mesa.

—¿Y bien, camarada Pushkin?

Vladimir Pushkin se pasó el dedo por el cuello de la camisa. Sin poderse explicar la razón, cada vez que tenía que visitar el Kremlin, y en particular aquel despacho, una extraña sensación se apoderaba de él haciéndole transpirar.

No obstante, su voz sonó firme al responder:

—El grupo se halla en perfectas condiciones para pasar a la acción en el momento que se estime oportuno.



Ray Lester

Comando terrorista

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1338

ePub r1.0

Lds 11.09.18

Título original: *Comando terrorista*

Ray Lester, 1976

Cubierta: Antonio Bernal

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

En su despacho ubicado en el segundo piso de uno de los principales edificios del Kremlin, Eugeni Kramskoi, jefe de una importante sección del espionaje soviético, miró impasible, con rostro impenetrable, al hombre que acababa de tomar asiento al otro lado de su mesa.

—¿Y bien, camarada Pushkin?

Vladimir Pushkin se pasó el dedo por el cuello de la camisa. Sin poderse explicar la razón, cada vez que tenía que visitar el Kremlin, y en particular aquel despacho, una extraña sensación se apoderaba de él haciéndole transpirar.

No obstante, su voz sonó firme al responder:

—El grupo se halla en perfectas condiciones para pasar a la acción en el momento que se estime oportuno.

—El día indicado ha llegado, Pushkin —anunció Eugeni Kramskoi inexpresivo—. Déjeme echar un vistazo a las fichas secretas de cada uno de los miembros.

Vladimir Pushkin abrió un portafolios y extrajo unas cartulinas que alargó a su jefe por encima de la mesa.

Éste las fue leyendo detenidamente.

«Kent Halloran, treinta y dos años, cabellos rubios, ojos grises, metro ochenta de estatura, fuerte complexión, ninguna cicatriz en su cuerpo. Se pasó a la causa comunista hace diez años después de matar a dos agentes compañeros suyos en Italia. Cruzó la frontera con Yugoslavia y ha demostrado convincentemente su fidelidad al Partido, en varias misiones que le fueron encomendadas en Europa.

Nacido en Evansville, Kentucky, utilizará el nombre de Broderick Cole en el comando.

»Dean Bell, cuarenta y seis años, cabellos negros, piel oscura, cuerpo fibroso, metro sesenta y cuatro de estatura, cicatriz de bala en el hombro derecho. Pasó a nuestras filas durante la guerra de Corea y ya en el campo de prisioneros norteamericanos comenzó a demostrar su aversión a su país. En los años que lleva a nuestro servicio ha demostrado infinidad de ocasiones su convicción a la doctrina comunista. Nació en Decatur, Illinois, y viajará bajo el nombre de Seth Foster.

»Jim Martin, veintiocho años, cabellos rubios, ojos azules, metro ochenta y seis de estatura, delgado, sin marcas en cuerpo o rostro, carácter irascible. Asesinó a tres compañeros de patrulla en Vietnam y se entregó a los norvietnamitas. Es sincero su odio hacia todo lo que representa su país de origen. Nacido en Pioche, Nevada. En el comando tendrá el nombre y documentación de Harvey Quirk.

»María Starov, veintiséis años, cabellos negros, largos, ojos grandes, oscuros, metro sesenta y ocho de estatura, rostro agraciado y atractivo personal. Pertenece al Partido desde hace ocho años y ha desarrollado importantes trabajos dentro del país. Es su primera misión en el extranjero, pero está perfectamente capacitada para ejecutarla. Nacida en Harkov, Rusia, empleará el nombre de Ginger Paxson».

Eugeni Kramskoi depositó las cuatro cartulinas sobre la superficie de la mesa y miró por encima de ellas a Pushkin.

—Supongo que han sido adiestrados siguiendo instrucciones.

—En efecto, camarada Kramskoi. Los cuatro miembros del comando han recibido un duro entrenamiento según sus directrices personales. Hemos seguido fielmente las instrucciones.

Kramskoi dio una lenta cabezada de asentimiento.

—Eso espero por el bien de todos. ¿Qué tal María Starov?

—Se trata de una muchacha entusiasta e inteligente. A pesar de su bisonéz en estas lides, y de su falta de experiencia, cumplirá su tarea a la perfección.

—Es una impresión personal suya, claro.

Pushkin afirmó con la cabeza sintiendo un sudor frío por todo el cuerpo.

—Así es, camarada Kramskoi.

El jefe de sección dejó pasar unos segundos.

—Es usted un maestro en la materia, Pushkin. Deseo que en esta ocasión tampoco se equivoque.

Kramskoi tendió las cartulinas a su subordinado que las devolvió al portafolios.

—¿Han venido con usted, Pushkin?

—Se encuentran en la antesala, camarada Kramskoi.

—Hágalos pasar.

Minutos después, cuatro personas se situaban de pie frente a la mesa ocupada por Eugeni Kramskoi. Éste observó atentamente sus rostros impasibles, quizá algo nervioso el de María Starov. Los tres norteamericanos aparecían tranquilos, sin acusar en absoluto impresión alguna por el lugar donde estaban.

Eugeni Kramskoi abrió un cajón de la mesa y sacó cuatro carpetas rotuladas con los nombres de Broderick Cole, Seth Foster, Ginger Paxson y Harvey Quirk. Entregó a cada uno de ellos la que le correspondía y todos la recogieron en silencio.

Sólo entonces, dijo el jefe de sección:

—A partir de este instante comenzarán a utilizar el nombre escrito en la carpeta. En su interior hallarán las documentaciones correspondientes —hizo una breve pausa y enseguida agregó—: Han sido ustedes seleccionados para cumplir una delicada y al mismo tiempo importantísima misión en Estados Unidos.

Los tres norteamericanos ni siquiera pestañearon y Kramskoi pudo continuar:

—Debo admirar la sangre fría que poseen. Me consta que a ninguno de ustedes les agrada regresar a los Estados Unidos y, sin embargo, no han movido ni un músculo del rostro. Hable, Cole.

Kent Halloran, con la carpeta rotulada con el nombre de Broderick Cole adujo en tono grave:

—Nadie nos obligó a venir. Escogimos libremente nuestro camino porque se ajusta a nuestros ideales. Ustedes saben perfectamente lo que conviene hacer.

Kramskoi asintió lentamente y posó su penetrante mirada en el moreno de baja estatura y cuerpo fibroso.

—¿Foster?

—Estoy completamente de acuerdo con Halloran... digo, con Cole.

Eugeni Kramskoi dejó transcurrir unos instantes y luego dijo:

—Por lo general suelo ser bastante parco en palabras. No obstante, en esta ocasión quiero hacer una excepción y notificarles personalmente algunos datos. En cada una de las carpetas encontrarán un *dossier* completo de todo cuanto deben hacer hasta que se encuentren en cierto lugar de Norteamérica, también indicado en la documentación, y reciban las últimas instrucciones de nuestro hombre en Los Angeles. Será él quien les explique el plan definitivo y la forma de llevarlo a cabo, al mismo tiempo que les proporciona protección. Serán infiltrados en los Estados Unidos por parejas. Cole y Paxson lo harán por Florida vía Cuba. Simularán ser un matrimonio en período de vacaciones. Foster y Quirk entrarán por la provincia de Alberta, Canadá, y serán dos amigos aficionados a la caza que retornan a California.

Kramskoi guardó silencio unos segundos para luego proseguir:

—Ahora deseo que entren en esa sala y cada uno estudie su *dossier* correspondiente procurando grabarlo en la mente ya que al volver al despacho deberán devolverlos conservando únicamente las respectivas documentaciones —Kramskoi señaló una puerta en la pared lateral de la derecha—. Abandonarán el país mañana al amanecer y naturalmente serán provistos de vestimentas y todo lo necesario. Todo cuanto se les facilite será de fabricación norteamericana y no deben conservar absolutamente nada que sea de fabricación soviética. En el supuesto de que... la misión fracase, deseamos que sean considerados como fanáticos de dentro del país. En ningún caso deben ser asociados a la Unión Soviética. En las carpetas hallarán también una lista de las personas a las que pueden acudir si por una causa imprevista se ven en apuros. Bastará con que se presenten a ellas y pronuncien una frase clave que igualmente se encuentra en el interior de las carpetas. Procuren esforzarse al máximo y que todo quede grabado en sus mentes. Sobre todo lo concerniente a su actuación dentro de los Estados Unidos. ¿Alguna pregunta?

Broderick Cole adelantó el mentón.

—¿Se especifica en el *dossier* la índole de nuestra misión?

Eugeni Kramskoi forzó una leve sonrisa.

—Les he dicho que será nuestro hombre en Los Angeles quien les informe del plan, Cole. No obstante, y dado que confiamos plenamente en ustedes porque han demostrado suficientemente su fidelidad a Rusia, les anticiparé que se trata de eliminar a un hombre que puede hacernos mucho daño en un futuro próximo.

—¿Es ésa la razón de haber practicado el tiro con un rifle de mira telescópica?

—En efecto, Cole. Y debo felicitarlo porque ha demostrado usted ser un tirador excepcional. ¿Sí, Quirk?

El joven y alto rubio inquirió:

—¿Son necesarias cuatro personas para eliminar a una?

De nuevo sonrió levemente Kramskoi.

—Se trata de un personaje importante en la política de su ex país, Quirk. Sí, creemos que son precisos ustedes cuatro para que la misión se lleve a cabo sin fallos. ¿Alguna pregunta más?

Ahora le llegó el turno de preguntar a la muchacha de negros cabellos y bello semblante.

—¿Respecto a mi cometido en la misión...?

Fue interrumpida por un gesto del jefe de sección.

—Lo encontrará todo en su carpeta, Paxson. Cuando lean el contenido háganlo sin comentar nada entre ustedes. Las mesas donde tomarán asiento se encuentran en los ángulos de la sala.

A un gesto de Kramskoi, Pushkin caminó hasta la puerta y la abrió.

—Pueden ustedes entrar y disponen de todo el tiempo que necesiten para estudiar el contenido de las carpetas.

Los cuatro agentes penetraron en la sala.

Pushkin regresó junto a su jefe una vez los dejó debidamente instalados y cerró la puerta que comunicaba con el despacho.

Comentó haciendo una mueca Eugeni Kramskoi:

—Los traidores siempre resultan necesarios, Pushkin.

—¿Se refiere a Halloran, Bell y Martin?

—Desde luego.

—Han demostrado su fidelidad. Además... son buscados en los Estados Unidos acusados de los delitos de alta traición, desertión, asesinato...

—No hace falta que siga, camarada Pushkin —ironizó Kramskoi

—. Acabo de leer por segunda o tercera vez las fichas correspondientes a esos hombres. Por todo eso que usted ha expuesto es por lo que se les ha confiado la misión. Tenemos confianza en ellos... mejor dicho; sabemos que no pueden acudir a las autoridades norteamericanas, porque serían ejecutados inmediatamente. De otra forma no les habríamos facilitado nombres de los agentes que tenemos en los Estados Unidos. De todas formas, y si por un fallo, uno de esos hombres cae en manos del FBI, o la CIA, María Starov tiene instrucciones concretas en su *dossier*.

Vladimir Pushkin titubeó unos instantes.

—¿Puedo hacer una pregunta, camarada Kramskoi?

El jefe de Sección movió la cabeza afirmativamente.

—Desde luego.

—¿Por qué se ha elegido para esta misión a María Starov? Es una joven sin antecedentes que confirmen su valía en la práctica. Disponemos de otras más capacitadas.

—La misión es sumamente arriesgada, Pushkin —contestó Kramskoi—. Es muy posible que ninguna de esas cuatro personas consiga salir con vida. Preferimos perder a una agente inexperta, que a una profesional capacitada.

—Comprendo.

Se hizo un silencio y al prolongarse, dijo Kramskoi:

—Admiro una cualidad en usted, camarada Pushkin. Ha pasado varias semanas adiestrando a esos agentes, siguiendo unas instrucciones que se le facilitaron. ¿No siente ninguna curiosidad por saber lo que harán en Norteamérica?

Vladimir Pushkin encogió los hombros.

—Si usted desea que lo sepa me lo dirá, camarada Kramskoi.

—Una respuesta muy inteligente.

Pushkin forzó una leve sonrisa.

—Yo más bien diría que una respuesta de perro viejo.

Eugeni Kramskoi rió ahora abiertamente.

—Voy a decirle para qué ha sido adiestrado el comando que introduciremos en los Estados Unidos, Pushkin.

Wladimir Pushkin esperó en silencio y su jefe lo miró fijamente a los ojos añadiendo:

—Tienen que eliminar al futuro presidente de los Estados Unidos.

CAPÍTULO II

El senador Irving H. Veblen no podía sentirse defraudado de su trayectoria política. Muy al contrario, se sentía plenamente satisfecho de cómo le habían ido las cosas. En primer lugar, el ser elegido candidato de su Partido fue un resonante éxito.

Luego, al comenzar su gira por los estados, cada actuación suya en las asambleas representaba un clamoroso y rotundo triunfo más, que cada día acrecentaba su prestigio político. Se realizaban sondeos entre la opinión pública a cargo de agencias especializadas y todas coincidían en darle un porcentaje de posibilidades entre un sesenta y un sesenta y cinco por ciento, respecto a los otros candidatos.

En la mente de todos los norteamericanos estaba el hecho de que el senador Irving H. Veblen, ocuparía sin lugar a dudas la Casa Blanca. Sólo faltaba que se llevaran a cabo los comicios para refrendarlo.

Nadie tenía dudas de eso.

Veblen era un hombre de aspecto jovial, deportivo, a pesar de sus cincuenta y dos años. De toda su persona emanaba la impresión de una honradez fuera de lo común. Se ganaba a los congregados ante él con sólo pronunciar unas breves palabras.

Porque sabían de su integridad, de su firmeza de ánimo y representaba al mismo tiempo el espíritu de la libertad de un pueblo.

Sólo algunos amigos íntimos conocían su radical postura hacia el comunismo. Los más allegados le aconsejaron que durante su campaña tratara de ocultar su innata repulsión al Partido Comunista. Aquello podía restarle algunos votos entre los jóvenes de ideas extremistas y era conveniente asegurar el triunfo final.

Todo marchaba de forma extraordinaria y a pesar de lo exhaustivo de la campaña electoral, el senador Irving H. Veblen se mostraba infatigable y no consintió ni una sola vez en aplazar algunas de las asambleas programadas.

Sus colaboradores dejaron de sugerírsele cuando vieron la poderosa vitalidad de aquel hombre.

Aquella mañana abandonó el lecho a las ocho y media según era habitual en él. Realizó sus ejercicios gimnásticos y después se relajó bajo el chorro de agua tibia de la ducha. Se estaba afeitando con la navaja como todas las mañanas, cuando un automóvil se detuvo ante la puerta de su residencia, después de ascender la carretera particular dentro de la propia finca.

Un hombre alto, de anchas espaldas, vistiendo un abrigo oscuro y un sombrero de fieltro, descendió de él.

Se dirigió a la puerta de la residencia particular del senador, donde ya lo aguardaba una criada uniformada que sostenía una pequeña bandeja de plata en la mano.

El visitante depositó una tarjeta de visita en la bandejita y sosteniendo en la zurda el sombrero, esperó en el amplio y lujosamente amueblado vestíbulo.

Pasaron unos diez minutos hasta que el dueño de la finca apareció en lo alto de la escalera revistiendo una bata de tono azulado. Comenzó a descender distendiendo los labios en amplia sonrisa.

El recién llegado se dijo que jamás había visto al senador tan pletórico de facultades como aquel día. Todo él emanaba una vitalidad inquebrantable.

Llegando junto a él le tendió la diestra en vigoroso apretón al tiempo que exclamaba:

—Hola, Walcutt. ¿Qué le trae tan temprano a verme?

—Tengo necesidad de hablar con usted, senador.

El senador Veblen conocía a Eric Walcutt, uno de los altos jefes del FBI, desde mucho tiempo atrás. La relación entre ellos había sido siempre cordial, casi amistosa.

Ladeó ligeramente la cabeza inquiriendo:

—¿Se trata de algo... personal?

—Es un asunto profesional, senador —replicó Walcutt en tono grave—. Y puedo prometerle que siento verme obligado a realizar

esta visita. Es una de esas cosas que todos intentamos eludir.

El senador Veblen quiso bromear:

—No vendrá a decirme que estuve escamoteando dinero al fisco, ¿eh, Walcutt?

Eric Walcutt movió la cabeza en grave negativa.

—Desearía que fuese algo así, senador.

Irving H. Veblen poseía un temperamento que en raras ocasiones dejaba de ser jovial, algo campechano incluso. Las serias palabras de Walcutt no lograron hacer desaparecer la sonrisa en sus labios. Sólo frunció levemente las cejas.

—Me intriga usted, Walcutt.

—Ya le he dicho que se trata de un asunto de la máxima gravedad, senador.

—¿Y bien? —dijo Veblen un tanto serio ya—. ¿Desea que pasemos al despacho?

—Lo preferiría, senador Veblen.

—De acuerdo.

El propio Irving H. Veblen precedió a Eric Walcutt indicándole el camino del despacho particular del senador. El hombre del FBI no había estado con anterioridad en la residencia de Veblen.

El político indicó a Walcutt un confortable sillón y antes de tomar asiento, inquirió:

—¿Le apetece beber algo?

—Demasiado temprano para mí, senador. Gracias.

Veblen forzó nuevamente una sonrisa, aunque ya no era tan espontánea como al principio.

—También lo es para mí, Walcutt —tomó asiento tras la mesa panorámica y añadió—: Hablaremos a secas entonces. Puede empezar sin rodeos con ese desagradable asunto que le ha traído a verme, Walcutt.

El hombre del FBI guardó silencio unos segundos antes de comenzar a hablar. Dio la impresión de que titubeaba en el planteamiento que debía hacer de la cuestión.

Finalmente dijo hablando lentamente:

—Antes de nada deseo hacerle saber que el secretario de Estado se halla al corriente de todo, senador Veblen. También el jefe de la Agencia Central de Inteligencia. No obstante, el asunto ha sido delegado en mis manos y por eso soy yo el que lo visita.

Posteriormente, y de forma ultrasecreta como es natural, puede comprobar todo cuanto voy a decirle, senador.

Veblen aprovechó una pequeña pausa de Walcutt para decir:

—Ahora sí que ha terminado de intrigarme, Walcutt.

—Trataré de ponerlo al corriente en breves palabras, senador. Sabemos que usted siempre estará dispuesto a sacrificarse en bien de los Estados Unidos.

—Eso ténganlo por seguro.

—Pues se impone solicitar de usted un nuevo sacrificio por la nación, senador. El mayor que haya podido hacer hasta ahora.

Irving H. Veblen había dejado de lado su jovialidad y su rostro plasmaba toda la seriedad que sentía. En tono un tanto seco, pidió:

—Hable, Walcutt.

Eric Walcutt lo miró fijamente al rostro mientras decía:

—Queremos que no sea usted presidente de los Estados Unidos, senador. Al menos en las próximas elecciones.

El senador Veblen no pudo dominar un respingo de sobresalto. Luego su cara se tornó una máscara pétrea y pasó largos segundos contemplando al hombre del FBI.

Al fin, murmuró:

—¿Bromea, Walcutt?

Pero tan pronto hubo formulado la pregunta, tuvo el pleno convencimiento de que su interlocutor no estaba bromeando. Eric Walcutt no lo hacía jamás.

—Hablo completamente en serio, senador —aseguró Walcutt despacio—. Y créame que lamento hacerlo.

Transcurrió un largo y embarazoso silencio entre ambos hombres. Cuando Veblen creyó que se encontraba totalmente repuesto de la sorpresa que le produjo las palabras de Walcutt, lo rompió diciendo:

—Vamos a ver si lo entiendo, Walcutt —hizo una breve pausa juntando las yemas de los dedos sobre el tablero de la mesa y prosiguió—: En la actualidad soy el más firme candidato a ser elegido presidente. Conste que no hablo con jactancia, ni presunción personal. Me limito a repetir lo que escriben los periódicos respecto a los sondeos efectuados en la opinión pública. Mi próximo triunfo en las urnas se da como un hecho seguro.

Walcutt dio una despaciosa cabezada.

—En efecto, senador. Usted será en su día el presidente de los Estados Unidos.

—Pero ustedes quieren impedir que sea esta vez, ¿me equivoco, Walcutt?

El hombre del FBI se miró las uñas y tardó un poco en contestar.

—No se equivoca, senador Veblen. En las próximas elecciones usted no puede salir elegido.

Irving H. Veblen arrugó el ceño molesto.

—Quiero suponer que tienen poderosos motivos para interferir en mi carrera política. Le advierto, Walcutt, que no guardo ningún esqueleto en mi armario como suele decirse. Ni una sola mancha enturbia mi pasado y por lo tanto le advierto que sean cuales sean los motivos que tengan, seguiré adelante en mi programa.

Eric Walcutt torció el gesto.

—No se trata de nada de eso, senador.

—Entonces continuaré adelante. Opino que estamos perdiendo el tiempo alargando esta conversación.

El hombre del FBI compuso un vago ademán.

—Debería colaborar con nosotros, senador.

—¿Retirándome de la lucha? Eso ni lo sueñe, Walcutt. Soy hombre que no se asusta fácilmente. Desconozco los motivos que tienen para solicitar de mí una cosa tan disparatada, pero en todo caso, mi respuesta es que continuaré mi camino hacia la Casa Blanca. Sólo los votantes en las urnas me impedirán llegar a ella.

Eric Walcutt suspiró hondo y levantó la cabeza mirándolo a los ojos.

—¿Desea conocer nuestros motivos, senador?

Veblen encogió los hombros.

—Sólo por mera curiosidad, Walcutt. Acabo de decirle que nada me retirará de mi programa.

—Siento no estar de acuerdo con usted, senador Veblen. Una bala disparada traicioneramente acabará con su trayectoria política, en caso de no colaborar con nosotros —Walcutt guardó silencio intencionadamente y enseguida concluyó—: Usted será asesinado en la convención de Los Angeles, el día 6 de octubre.

Irving H. Veblen boqueó asombrado.

CAPÍTULO III

Eran las seis y ocho minutos de la tarde.

El automóvil, un Ford modelo «Standard» del año anterior, dejó atrás Florida por Pensacola y se introdujo en la pequeña franja del estado de Alabama, que separa las costas de Florida del estado de Mississippi. Al volante, dijo Broderick Cole:

—Nos detendremos en un motel de carretera una vez hayamos pasado Nueva Orleans, Ginger.

La bella muchacha que se sentaba a su lado afirmó con la cabeza.

—Me parece bien, Broderick.

El joven torció los labios contrariado.

—Si te es igual, prefiero que me llames Brod, Ginger. El nombre completo me cae gordo.

Ella levantó los hombros.

—Como quieras.

El automóvil continuó a buena velocidad por la impecablemente asfaltada cinta. Los dos ocupantes iban en silencio y de pronto preguntó la mujer:

—¿Desde cuándo no pisabas los Estados Unidos, Brod?

El joven siguió conduciendo un trecho taciturno. Luego respondió sin apartar la mirada de la carretera:

—Estuve un año y pico haciendo el idiota por Italia y llevo diez con vosotros. Si no me equivoco, eso suman once años.

—¿Se siente algo especial al regresar de nuevo a la patria, Brod?

Cole compuso una mueca displicente.

—Creo que no, nena. Mis recuerdos de la patria, como tú la llamas, empiezan a volverse vagos, imprecisos. La verdad es que no sentía ningún entusiasmo en volver.

—Comprendo.

De nuevo volvieron a guardar silencio.

Las ciudades fueron quedando atrás. Mobile, Biloxi... y por fin la cosmopolita Nueva Orleans con sus antiguas casas de añejo estilo criollo y los modernos edificios de atrevidas y variadas líneas. Tardaron un buen rato en cruzar la ciudad.

Rodaban de nuevo por la carretera habiendo cambiado sólo algunas frases triviales, cuando comentó con entonación levemente socarrona Broderick Cole:

—¿Te das cuenta de que es la primera noche que pasamos en los Estados, nena?

Ginger se giró en el asiento y clavó escrutadora sus grandes ojos negros en el perfil de él.

—¿Has querido insinuar algo con tus palabras, Brod?

El joven sonrió abiertamente.

—¿Yo? —Simuló extrañarse—. Simplemente estaba pensando en que deberemos inscribirnos como marido y mujer, Ginger. Recuerda que somos un matrimonio retornando de sus vacaciones en Florida.

Ella apretó los labios y lo miró severa.

—No me gusta lo que estoy leyendo en tu mente, Brod. Olvida lo que hayas podido pensar.

—No he pensado nada, querida —replicó risueño Broderick—. Sólo meditaba en el hecho.

Después de un trecho, dijo Ginger:

—Solicitaremos una habitación con dos camas, Brod. Y te agradeceré que dejes de llamarme querida.

—No puedo, nena. Somos un clásico matrimonio americano. En adelante tendré que llamarte nena, querida, *Gin*, o cualquier otra cosa cariñosa que se me ocurra.

—Está bien —dijo ella ceñuda—. Pero si te has hecho alguna ilusión, vas a llevarte un desengaño, Brod.

Broderick Cole suspiró profundamente.

—Espero que no, querida.

Ante ellos vieron las luces de un motel junto a la carretera y el joven consultó su reloj. Las ocho cuarenta y tres minutos. Hizo un ademán a su compañera.

—¿Te parece bien este lugar?

—Me da igual un sitio que otro.

Brod maniobró con el volante hasta detener el vehículo frente a la iluminada puerta de recepción. Quitó el contacto y antes de descender comentó sarcástico:

—Con que una habitación con dos camitas, ¿eh?

Ginger apretó los labios con firmeza.

—Eso dije, Brod.

—Cariño, deberías saber que ya no quedan colonos por aquí. Esa costumbre impera en el país desde hace muchos años. Por lo visto has olvidado las clases de teórica.

Ella lo fulminó con la mirada.

—En las clases de teórica no...

Pero Broderick ya caminaba en dirección a la recepción del motel y no pudo escuchar el final de la frase. Un viejo de aspecto decrepito le sonrió tras un pequeño mostrador al verlo aparecer.

—¿Desean un *bungalow*, señor?

—Eso es.

—¿Traen maletas? Lo digo porque la verdad...

—No se preocupe, abuelo —lo atajó Brod—. Sólo sacaremos del coche lo imprescindible para pasar la noche. Bastará con que me indique el número de alojamiento.

El viejo volvió a sonreír agradecido y puso delante del joven el libro de registro. Firmó Brod y el viejo le tendió una llave marcada con el número quince. Luego lo acompañó a la salida indicándole desde allí la situación del *bungalow*.

Brod Cole volvió al coche y lo puso en marcha para detenerlo definitivamente frente a la pequeña casita en cuya puerta se distinguía el número quince.

Resultó una habitación pequeña, pero aseada y acogedora. Tal como dijera Brod, con dos camas de un cuerpo separadas por la mesita de noche. El joven señaló la puerta del baño.

—¿Quién se cambia primero, querida?

—Si no te importa, prefiero hacerlo yo.

—Correcto. Adelante, nena.

Ginger Cole, Paxson de soltera, cogió un pequeño maletín que había sacado del auto y se introdujo en el cuarto de aseo. Sonrió ácidamente él, al escuchar correrse el pestillo.

Se aproximó a la ventana y la abrió subiendo la persiana graduable. El aire fresco de la noche le azotó el rostro

reconfortándolo después del largo trayecto tras el volante. En la oscuridad observó unas lucecitas centelleantes y supuso que correspondían a un pueblo no demasiado lejano.

Sacó un paquete de cigarrillos y se puso uno en los labios encendiéndolo. Después de dar tres o cuatro chupadas se llegó al cenicero y lo aplastó en él. Llevaba once años sin fumar tabaco americano y tardaría en volver a habituarse.

Le quedó un extraño sabor en la boca.

Cerró la ventana dejando caer la persiana y se entretuvo hojeando una revista que encontró sobre una mesita.

Ginger tardó bastante en salir.

Cuando escuchó la puerta, levantó Brod la mirada de la revista y abrió la boca asombrado. Se incorporó lentamente de la silla que ocupaba y dio una vuelta completa en torno a la muchacha sin dejar de contemplarla atentamente.

—¿De qué te has disfrazado, nena? ¿De púdica doncella de la edad media? Pareces un paracaidista.

Ginger hizo un mohín con los labios crispados.

—¿Qué esperabas? —inquirió cortante—. ¿Una *negligée* de nylon transparente?

Brod contempló el largo y amplio camisón de gruesa tela que cubría el cuerpo de la muchacha desde el cuello hasta los pies. Incluso las mangas le llegaban al codo.

Se rascó la pelambreira moviendo la cabeza.

—Para mí que te has pasado, nena.

—Yo no opino lo mismo.

—Oye, *Gin*, ninguna esposa americana sería capaz de ponerse una cosa así para irse a dormir.

—Yo no soy una esposa americana, Brod.

El joven chasqueó la lengua.

—No debes olvidar las instrucciones, *Gin* —recordó—. Deberás serlo en tanto estemos aquí.

—No creo que ningún agente del FBI o la CIA se ponga a fisgar por la ventana, Brod.

Cole acabó riendo burlón.

—¿Crees que podrás dormir dentro de... «eso»?

—No te preocupes de mí, Brod —replicó ella dándole la espalda y ocupándose de arreglar el lecho—. Y procura ponerte también

algo que sea decente.

—Lo siento, querida. Me dejé en el hogar el traje de campaña.

—Muy gracioso.

—¿Nunca alternas el trabajo con el placer, *Gin*?

La muchacha lo miró fijamente a los ojos.

—No quiero tener problemas, ¿entiendes, Brod?

—Un poco.

—Pues procura no intentar nada por tu cuenta.

El joven rió con acritud encaminándose al cuarto de aseo.

—Apaga la luz y así no me verás cuando salga en calzoncillos, esposa mía —masculló hosco.

Ya bajo el chorro de la ducha, pensó que no intentaría nada aquella noche. Quedaban muchos kilómetros por delante hasta Los Angeles y habría tiempo de aprovechar las circunstancias. Lo que no lograra sacar antes del «trabajo», no lo conseguiría después.

De eso estaba seguro.

CAPÍTULO IV

Al siguiente día, el «Ford» ocupado por Ginger y Broderick continuó su marcha en dirección a California tan pronto amaneció.

El joven se mantuvo silencioso, como ausente y sumido en sus propios pensamientos, durante toda la mañana. Apenas si llegó a cambiar algunas breves palabras con su compañera de viaje y siempre a instancia de la muchacha.

Almorzaron cerca de Waco y al reemprender la marcha sin pérdida de tiempo, Brod introdujo el auto por una carretera de segundo orden, por la que lograría acortar la distancia en un par de horas.

Hasta tal punto llegó la parquedad de Broderick, que Ginger se giró en el asiento intrigada.

—¿Se puede saber lo que te ocurre, Brod?

El contestó con un gruñido:

—No me ocurre nada.

—Apenas has despegado los labios desde esta mañana y ésta no es tu forma habitual de comportarte.

Después de un trecho, dijo Brod seriamente:

—Anoche me diste una lección, nena. Me hiciste comprender que tienes razón. Estoy de acuerdo contigo.

—¿En qué tengo razón, Brod?

En aquel momento vieron la carretera interceptada por unas vallas. Dos coches patrullas de la Policía se hallaban junto a ellas y delante se encontraban detenidos varios autos.

Los agentes de la ley les iban pidiendo la documentación antes de dejarlos seguir.

Ginger no pudo evitar un estremecimiento.

—¿Qué están haciendo, Brod?

—No soy adivino, *Gin* —masculó éste—. Parece evidente que buscan a un fugitivo.

—¿Crees... que pueden buscarnos a nosotros?

Brod Cole dibujó una sonrisa en el duro semblante.

—¿Por qué habrían de hacerlo, querida? Todavía no hemos hecho nada delictivo en el país.

—Tengo un poco de miedo, Brod.

Ahora rió mordaz Cole.

—Me defraudas, encanto. Según... nuestro profesor, eras una alumna aventajada en el grupo.

—La práctica es distinta a la teórica, Brod.

—Entiendo.

El joven observó que sólo quedaban ya dos automóviles delante de ellos. Enseguida tendrían a un agente junto a la ventanilla haciendo preguntas, y dijo hablando rápido:

—No te preocupes y déjame hablar a mí, *Gin*. Aunque tu acento es bueno no es todo lo perfecto que debiera ser. Del resto no te preocupes y tírate al suelo si todo sale mal.

Ella lo miró agrandando los ojos.

—¿Qué te propones, Brod?

El joven introdujo la zurda en el bolsín de la portezuela y situó la pistola automática de forma que pudiera sacarla con facilidad llegado el caso.

Ginger lo observó y explicó él:

—Trataré de arreglarlo por las buenas, pero con estos tipos nunca se sabe en qué puede acabar la cosa. ¿Te paso el brazo por los hombros o prefieres echarte en mi hombro como una esposa realmente enamorada?

La muchacha hizo lo segundo y Brod pudo aspirar el suave perfume de su cuerpo, al tiempo que los sedosos cabellos femeninos le cosquilleaban la mejilla. Se sintió muy a gusto.

Se percató de que uno de los agentes le hacía señas de avanzar.

Segundos después se tocaba la gorra con la punta de los dedos al tiempo que solicitaba:

—Documentación, por favor.

Brod forzó una sonrisa.

—¿Buscan a alguien que se fugó de la cárcel, agente?

—Si no le importa las preguntas tengo que hacerlas yo,

ciudadano —ironizó el policía—. Es la costumbre.

—Desde luego, agente, desde luego —sonrió Brod asintiendo—. Era simple curiosidad, ¿sabe?

Tendió a la vez su tarjeta y la de Ginger. El policía las estuvo examinando y al devolverlas inquirió:

—¿Están ustedes casados?

Brod Cole le guiñó un ojo de forma picaresca al tiempo que soltaba una suave risita.

—Por lo menos fue lo que aseguró el juez que nos casó. Y hace tan sólo un mes que lo hizo. Venimos de pasar la luna de miel en Florida, Un lugar maravilloso, agente. Oiga... si alguna vez decide pasar sus vacaciones en Florida, le aconsejo...

—Está bien, está bien —gruñó el policía atajándolo—. Pueden continuar la marcha, ciudadano.

Brod Cole encogió los hombros y arrancó sin prisas.

Cuando se hubieron alejado un poco, suspiró profundamente Ginger y dijo admirada:

—Debo de reconocer que tienes una sangre fría extraordinaria, Brod.

—¿Estás segura en eso de la sangre fría, nena? —se burló él—. Te aseguro que en ocasiones me corre ardiendo por las venas.

Hubo un silencio entre ambos y lo rompió Ginger preguntando:

—¿De qué veníamos hablando?

—¿Cuándo?

—No te hagas el tonto, Brod. Sabes que me refiero a antes de ver a la policía.

—Ah, ya —hizo una pausa Brod y a continuación dijo—: Te estaba dando la razón, nena.

Ginger arqueó las cejas observándolo.

—¿En qué tengo razón, Brod?

—En lo que dijiste anoche.

—Anoche dije muchas cosas.

—Es verdad —convino el joven—. Bueno... lo cierto es que tenemos un importante trabajo que realizar y somos simplemente dos piezas del tremendo engranaje.

Es mucho mejor que nos mantengamos a distancia en la intimidad. Estoy de acuerdo contigo en que nuestra relación no debe pasar de ahí, nena.

Ginger arrugó el ceño perpleja.

—¿Estás seguro de lo que dices?

Brod levantó la zurda sonriente.

—Lo prometo.

—Me dejas estupefacta.

—La vida tiene a veces estas sorpresas, nena.

Aquella noche la pasaron en otro motel de carretera situado entre las poblaciones de Vaughn y Willard.

Brod solicitó entrar primero en el cuarto de aseo y diez minutos más tarde salió revistiendo un decoroso pijama. Se metió en la cama sin cruzar una palabra con la chica y poniéndose en las manos una revista comprada en el camino, comenzó a leerla tranquilamente.

Ginger encogió los hombros y se fue al baño.

Cuando lo abandonó llevaba puesto un pijama de punto que se pegaba a su escultural cuerpo como una segunda piel. Había desistido de utilizar de nuevo el grueso camisón de la noche anterior. Estaba realmente encantadora, terriblemente hermosa.

Brod apenas si reparó en ello.

Apagó su lamparita y dejando la revista sobre la mesita de la noche le dio la espalda disponiéndose a dormir tranquilamente.

Ginger parpadeó incrédula.

Acabó componiendo un mohín con los hociquitos y levantando los hombros se metió en la cama. Apenas si habían transcurrido un par de minutos desde que apagara su lamparita, cuando ya pudo escuchar los primeros ronquidos de Brod.

* * *

La tercera noche casi se repitió la misma escena.

Sólo que en esta ocasión, y después de un nuevo día taciturno de Brod Cole, la muchacha abandonó el cuarto de aseo llevando un vaporoso camisón.

Se aproximó al indiferente Brod y le quitó la revista de las manos dejándola caer al suelo.

Mirándolo fija a los ojos, preguntó irónica:

—¿Siempre utilizas la misma táctica, Brod?

El joven la miró de arriba abajo como si fuera la primera vez que la viera.

—¡Sopla! —exclamó fingiendo estupor—. ¿Dónde dejaste el

uniforme de paracaidista, querida?

—Por favor, Brod —pidió ella envolviéndolo en una intensa mirada—. No te hagas el idiota. Ahora no.

—Bueno... —empezó él pasándose la mano por la nuca—. Debes reconocer que esto es para dejar turulato al más pintado, *Gin*.

A continuación se incorporó a medias en el lecho.

Dijo con algo de rubor en las mejillas, Ginger:

—Comprenderás que puedo convertirme en una auténtica americana, si quiero, ¿no, Brod?

El joven rió abiertamente.

* * *

Dos días después, sobre el mediodía, el «Ford» entraba en Pasadena y Brod Cole frenó ante una librería adquiriendo una guía urbana de la ciudad. Buscó una calle en los planos y una hora más tarde pulsaba el timbre de una puerta.

Un tipo de rostro anguloso y hombros estrechos franqueó la entrada aunque se quedó inmóvil taponándola.

—¿Sí?

—Serenata de pólvora —habló Cole.

El hombre se hizo a un lado y dejándolos pasar cerró de nuevo la puerta. Indicándoles el camino hacia la sala, recriminó:

—Llegáis un día tarde. Mi nombre es Gilbert Murray.

—En lugar de un Ford modelo «Standard», me pudieron facilitar un «Mustang» y seguro que llegamos a tiempo, Gilbert. Y te falta contestar a mis palabras.

—Solista de rifle —masculló el tipo llamado Gilbert Murray—. ¿Deseabas llamar la atención con el «mustang», Cole?

Brod levantó los hombros indiferente.

—Me limité a hacerte una observación, Gilbert. Nunca me han gustado los reproches.

CAPÍTULO V

El día 1 de octubre, en el salón de un chalet ubicado en la colina de Hollywood, residencial suburbio de Los Angeles, se hallaban reunidas cinco personas. Gilbert Murray era el único que se encontraba en pie y sostenía en las manos un moderno fusil equipado con silenciador y mira telescópica.

Se trataba de un «Garand M. 1» de extraordinaria precisión y podía apreciarse que un técnico entendido en armas había trabajado en él para adosarle ambos complementos sin que perdiera ni un ápice de su mortífera efectividad.

En torno a Murray tomaban asiento Seth Foster, Harvey Quirk, Ginger y Broderick Cole.

Murray se aproximó a este último y le entregó el fusil.

—¿Qué te parece el arma Cole?

El joven lo cogió examinándolo minuciosamente. Lo sopesó unos segundos y luego se lo llevó al hombro tomando como blanco un punto imaginario. Finalmente lo devolvió a Murray.

—Parece bueno.

—¿Serás capaz de dar en un blanco a doscientos metros?

Brod Cole hizo una mueca dubitativa.

—Es una distancia considerable. Tendría que efectuar unos disparos de prueba para garantizarlo.

Gilbert Murray soltó un gruñido.

—No disponemos de tiempo para prácticas, Cole.

—Entonces no puedo asegurarlo, Gilbert. Sólo puedo decir que lo intentaré.

Murray arrugó el ceño y dejó escapar un resoplido.

—Se me aseguró que eres el mejor tirador del grupo, Cole. Un tipo excepcional.

Brod levantó los hombros.

—En efecto —cabeceó—. Pero estaba perfectamente identificado con el arma que utilizaba. Hacer blanco a la distancia que me pides sin tener en cuenta la posible desviación del fusil es prácticamente imposible.

—Está totalmente centrado.

—Lo siento. Tendría que comprobarlo.

Los ojos de Gilbert Murray despidieron fuego clavados en el joven, que mantuvo una expresión indiferente. Así permanecieron unos instantes hasta que Murray silabeó:

—Escuchadme atentamente —hizo una breve pausa y blanco de ira el rostro, prosiguió—: Vosotros sois un cuarteto de ejecutores que habéis sido enviados para cumplir un plan y yo soy el jefe, ¿se os mete eso en la cabeza?

Brod Cole lo miró displicente.

—Nadie discute tu jefatura, Gilbert. Lo único que ocurre es que me pides una garantía que no puedo darte.

Seth Foster, el mayor del comando, carraspeó apoyando a Cole.

—Broderick tiene razón, Gilbert. Yo fui designado segundo tirador para el caso de que él no pudiese llegar a Los Angeles. Tampoco podría asegurarlo sin probar antes el fusil.

—¿Es que no lo entendéis? —masculló Murray—. El atentado se llevará a cabo el día 6 y tenemos muchas cosas que ultimar y acabar de pulir. Materialmente no disponemos de tiempo.

—¿Hay algún bosque cerca de aquí, Gilbert? —preguntó Cole—. Me bastará entrar en él y disparar tres o cuatro veces sobre un punto determinado. Cuestión de veinte minutos.

Él hombre de Los Angeles paseó unos instantes por el salón en actitud pensativa. Después se detuvo ante un mueble y extrajo un plano que extendió en la mesa.

—Hay un bosque lleno de vegetación a cosa de media hora de coche.

—Puede servir —respondió Cole incorporándose y echando una ojeada al plano—. En una hora y media puedo estar de vuelta.

Gilbert ladeó la cabeza mirándolo.

—Iréis tú y Ginger, Cole.

Brod soltó una risita sarcástica.

—No tengo inconveniente, Gilbert. Donde hay una buena

camaradería y confianza da asco.

—Pero será después de que hayamos hablado.

—Como quieras.

—Tengo que ponerlos en antecedentes del plan, muchachos —dijo Murray en tanto Cole regresaba a su asiento—. En realidad el escenario se encuentra preparado hasta en sus más íntimos detalles. Sólo falta que los actores, vosotros, os familiaricéis con él y comience la función. Una representación que sacudirá a los Estados Unidos.

Harvey Quirk torció el gesto sonriendo con acritud.

—Muy considerado al catalogarnos de actores, Gilbert.

Murray no prestó atención al comentario y siguió:

—¿Se os ha comunicado en algún momento el nombre de la víctima?

Foster denegó moviendo la cabeza.

—Absolutamente secreto, Gilbert. Se nos dijo que tú dirías la identidad de la persona a eliminar.

—Muy bien —sonrió siniestro Murray y a renglón seguido añadió en tono enfático—: Se trata del senador Irving H. Veblen, muchachos.

Contempló regocijado la expresión de asombro que se pintó en los rostros de los cuatro reunidos. Seth Foster silbó bajito y Brod Cole comentó:

—Un fulano que va para presidente, ¿eh?

—Yo diría mejor que llegará, sin duda, a la Casa Blanca... en el caso de que te falle la puntería, Cole.

—Comprendo.

—Es un asunto de gran envergadura, Gilbert —terció Harvey Quirk—. Supongo que todo lo habrás planeado para que no ocurran fallos, ¿no? No me agradaría caer en manos de la policía después de haber «pasaportado» al senador.

Gilbert Murray volvió a reír.

—No debes preocuparte, Quirk. Todo estará en orden.

Masajeándose el mentón, inquirió Brod Cole:

—¿Nos explicas el plan ahora, Gilbert?

—Desde luego, Cole, desde luego. En primer lugar te diré que deberás disparar desde una azotea situada a unos ciento ochenta metros del estrado que ocupará Veblen. Lo haremos durante la

convención que se llevará a cabo en Los Angeles el día 6. Afortunadamente, el senador Veblen es tan popular, que no existe en la ciudad ningún lugar cerrado para albergar a sus infinitos seguidores.

Cole compuso una mueca.

—¿Las azoteas no estarán cubiertas por la policía?

—Eso se hace cuando se trata de la visita del presidente, Cole. No voy a negarte que debido a la enorme personalidad de Veblen, las azoteas más próximas se hallarán ocupadas por agentes. Por eso deberás hacer los dos disparos a una distancia que oscila entre los ciento ochenta y los doscientos. Poseo contactos y puedo asegurarte que la azotea que ocuparás no estará ocupada por la policía.

Brod Cole dio una cabezada grave.

—Hay otra cosa.

—¿La fuga?

—Exacto.

—Todo está previsto. Deberás efectuar tan sólo dos disparos que deben bastar. Cabeza y corazón. No se escucharán los estampidos debido al silenciador y únicamente podrá verse cómo cae Veblen con el cuerpo ensangrentado. La algarabía que se formará será extraordinaria y pasarán no menos de tres minutos de desorden. Es menester aprovechar ese tiempo para huir.

—¿Qué forma de escapatoria has pensado?

Murray, hizo una nueva pausa expectante.

—Por la parte trasera del edificio —explicó al fin—. Un fino cable de acero unirá la azotea con otra situada al otro lado de la calle posterior. Utilizarás un cinturón-braguero y cruzarás el espacio en la manera que lo hacen los soldados y los bomberos. En la otra azotea te aguardarán Seth y Harvey dispuestos a ayudarte y provistos de armas para cubrirte en caso necesario. Finalmente saldréis dos calles más allá del lugar del atentado. Allí os aguardará Ginger con un coche en marcha. Como podéis ver se trata de un plan perfecto. No obstante, estoy dispuesto a escuchar cualquier sugerencia.

Aún permanecieron hablando por espacio de unas dos horas.

* * *

El automóvil fue aminorando la velocidad y a continuación se

introdujo por un sendero situado a la derecha que conducía al interior del bosque. Un camino que posiblemente transitaban muchos vehículos los días festivos, ocupados por personas que huían aunque sólo fuera por unas horas de las aglomeraciones de la gran ciudad.

Finalmente se detuvo el coche y de él bajaron Ginger y Brod.

El joven llevaba en la diestra un alargado bulto y después de mirar alrededor sin descubrir nada anormal, dijo a la muchacha:

—Será mejor que permanezcas aquí vigilando, nena. En caso de que observes algo extraño haces sonar el claxon.

Ella mostró su conformidad moviendo la cabeza.

—De acuerdo, Brod.

Cole se metió en la espesura del bosque tratando de hallar un claro, que le permitiera ensayar el fusil. Antes de desaparecer entre la tupida vegetación, ondeó la zurda en mudo saludo dirigido a Ginger.

La muchacha encendió un cigarrillo y mientras fumaba presa de extraño nerviosismo, se mantuvo alerta escrutando en todas direcciones. Nada perturbaba la paz de aquel silencioso lugar en aquel martes del mes de octubre.

Transcurrieron unos veinte minutos.

En ese intervalo de tiempo llegaron a sus oídos hasta seis sordos taponazos espaciados entre sí. Eran como botellas de champaña al ser descorchadas y daban la impresión de sonar cercanos, pero se debía al silencio absoluto que reinaba.

Diez minutos después del último taponazo reapareció Brod Cole con el alargado paquete. Ginger estaba por el tercer cigarrillo y se quedó mirándolo con los ojos agrandados.

—¿Sin novedad, *Gin*?

—No ha pasado ni un alma.

Brod introdujo el paquete en el maletero y ya sentado tras el volante se giró sonriente a la chica.

—Todo marcha bien.

—¿Crees que podrás hacerlo, Brod?

El joven advirtió cierta tensión en el tono anhelante de su voz y trató de calmarla.

—Supongo que sí. Desde luego, Gilbert no mintió al decir que es un arma excelente y está bien centrada. No creo que resulte un

blanco demasiado difícil.

Maniobró con el coche sacándolo del bosque y ya rodaban por la carretera de retorno, cuando murmuró Ginger:

—No me gusta todo esto, Brod.

Cole arrugó el ceño.

—¿El qué?

—Sé que no debiera decirlo, Brod —habló ella con excitada rapidez—. Pero... no me gusta lo que vamos a hacer.

Repuesto de la primera sorpresa, bromeó él:

—A Gilbert no le gustaría escucharte, *Gin*.

—Es... una cosa repugnante, Brod —siguió ella cada vez más nerviosa—. No puedo evitar el sentirme como un ser inhumano.

Brod Cole detuvo el coche en una explanada cercana y giróse cogiéndole la barbilla entre los dedos.

—No te comprendo, *Gin* —dijo serio—. Estás considerada como una buena agente digna de la mayor confianza, Sin embargo...

—Nunca tuve que hacer algo semejante, Brod —confesó casi temblando la chica—. Mi padre fue, hasta su muerte, un hombre importante dentro del Partido y ahí radica la confianza que tienen en mí. No obstante... creo que no tengo la suficiente fortaleza.

El joven le palmeó la mejilla volviendo a sonreír.

—Procura calmarte, ¿quieres? Todo irá bien y además... no tienes que intervenir directamente en nada. Tienes que lograr dominar tus nervios y que ninguno de los otros pueda advertir tu debilidad. Hazlo por mí, *Gin*. ¿Me lo prometes?

La muchacha afirmó en silencio con la cabeza.

Y el coche se puso nuevamente en marcha.

CAPÍTULO VI

La convención se estaba llevando a cabo con toda normalidad.

El senador Irving H. Veblen se dirigía a la incalculable multitud que se congregaba ante el estrado. Su voz pausada, que infundía confianza, se escuchaba a través de los altavoces instalados con profusión para que, ni aun los más alejados, dejaran de oírlo.

Con su aspecto de deportista honrado, era un hombre que poseía talismán para las masas. En varias ocasiones de su alocución fue interrumpido por una salva de aplausos. Los seguidores, enfebrecidos, rugían de desbordado entusiasmo.

En el estrado, tras el senador, tomaban asiento las autoridades de Los Angeles a unos metros de distancia.

En ningún instante echó mano Veblen de papel escrito con anterioridad al discurso. No lo necesitaba. Las palabras fluían de su boca con pasmosa facilidad, de forma coherente, al exponer cuál sería su programa en el caso de ser elegido presidente.

Aquello enardecía aún más a los oyentes porque denotaba al político de gran talla.

Sin embargo, alguien no estaba de acuerdo con él.

En el pretil de una azotea situada a ciento noventa y dos metros exactamente, Broderick Cole apoyó brevemente su fusil de mortífera precisión y apuntó cuidadosamente.

Contuvo la respiración y en uno de los instantes en que Veblen era interrumpido en su discurso por los vociferantes congregados, oprimió suavemente el gatillo del fusil.

Sonó un ahogado taponazo y una cárdena lengua de fuego surgió de la boca del tubo silenciador.

Con pausados, pero rápidos movimientos, metió Brod Cole una segunda bala en la recámara y volvió a disparar.

No tuvo necesidad de quedarse a comprobar la efectividad de su traicionera agresión. Le constaba sobradamente la firmeza de su pulso y su extraordinaria puntería.

Se despegó del pretil de la azotea y corriendo encorvado con el cinturón-braguero puesto y el fusil en la diestra, se dirigió velozmente a la parte posterior del edificio. Consciente de que cada segundo perdido podía representar su propia vida, imprimió una inusitada velocidad a su carrera.

Entretanto, el senador Irving H. Veblen se tambaleó ligeramente al recibir el impacto de la primera bala en el pecho. Bajo la solapa izquierda de su americana. Abrió mucho los ojos y la boca, dibujando en el rostro una expresión de asombro infinito.

El segundo balazo, ligeramente desviado, le rozó el cuello abriéndole un surco sangriento en la piel.

Cayó de rodillas ante la estupefacta multitud.

En el primer instante, como habían supuesto los asesinos, nadie pudo darse perfecta cuenta de lo que estaba ocurriendo. Sólo vieron que el senador acabó desplomándose sobre el estrado.

Sólo bastantes segundos después, al ver la sangre que comenzaba a cubrir la vestimenta de Veblen, comprendieron los más cercanos al estrado la horrible verdad.

El atentado acababa de perpetrarse ante miles de personas.

Los minutos siguientes fueron de total desconcierto. Por todas partes se escuchaban gritos histéricos y órdenes feroces que nadie obedecía por la simple razón de que no podían ser escuchadas. La masa se movió enloquecida de un lado para otro entorpeciendo la tarea de los agentes encargados del orden.

La barahúnda era infernal.

Brod Cole contaba con todo aquello para su huida y enganchó la argolla del cinturón-braguero en el fino cable de acero. Cubrió la distancia que lo separaba de la otra azotea volando sobre la calle.

Harvey y Seth lo frenaron, sujetándolo cada uno de un brazo.

Mientras Seth le ayudaba a desprenderse del cinturón, Harvey se hizo cargo del fusil y lo introdujo en un maletín donde ya se encontraban otros dos.

Los tres hombres descendieron a todo correr por la escalera interior de la finca.

Un coche los aguardaba en la calle con el motor en marcha y

Ginger sentada tras el volante. Cuando los tres hubieron penetrado en el interior, rugió el motor y el vehículo arrancó a toda velocidad.

Sentado a su lado, palmeó Brod la pierna de Ginger.

—Tranquila, *Gin*. Nadie nos persigue, caray.

—Todo parece normal por aquí y sería una mala pasada vernos detenidos por un cochino agente de tráfico —terció Seth Foster desde atrás—. Conduce serena y en cuanto te hayas alejado varias manzanas es conveniente que dejes el volante a Brod, chica.

Ginger cabeceó aminorando la marcha.

Harvey Quirk inquirió:

—¿Todo bien, Brod?

—¿Acaso no escuchaste el griterío?

—Lo estaba escuchando desde mucho rato antes. Esa gente vociferaban como energúmenos.

—Pero no en la forma que sonó después. Luego fue un griterío de pánico incontrolable, de terror que se desborda. No, no he fallado el blanco, Harvey.

Cole advirtió un leve estremecimiento en la muchacha y sin que los otros se percatasen de ello, oprimió su muslo de forma significativa intentando infundirle serenidad.

—Será mejor que me dejes conducir a mí, *Gin*.

La muchacha arrimó el auto a la acera deteniéndolo y Brod descendió rodeándolo por delante. Ocupó el puesto tras el volante después de que la chica pasara al otro lado.

Pisó tranquilamente el acelerador y el coche partió a moderada velocidad alejándose cada vez más del lugar del suceso.

Harvey Quirk comentó:

—Esperemos ahora que Gilbert nos saque sin problemas del país.

—Ese Gilbert sabe preparar las cosas —terció Brod—. Aunque tengamos que permanecer unos días en el chalet hasta que todo se calme, nos sacará de aquí.

Seth Foster rió sardónico.

—Desde luego que sabe preparar las cosas —aprobó dando una cabezada—. Pero a condición de que otros las ejecuten mientras él permanece tranquilamente en su chalet.

—Para eso es el cerebro, Seth —dijo Brod—. Ellos rara vez se arriesgan personalmente.

—¿Y nosotros qué?

Brod Cole torció el gesto chasqueando la lengua.

—No nos engañemos, hombre. Nosotros somos simples gatilleros. Nada más que eso.

—Oye, Brod —masculló fríamente Seth Foster—. No me gusta el tono en que lo has dicho.

Cole encogió los hombros sin apartar la mirada del frente.

—¿Qué más da el tono que se emplee para expresar una verdad? Siempre será la misma cosa.

—Sí, pero...

Harvey Quirk, el más joven de los tres hombres, emitió un gruñido de desaprobación.

—¿A qué infiernos viene esta discusión? —interfirió—. En parte, Brod tiene razón.

—De acuerdo —concedió Seth Foster—. Pero yo lo que digo...

Sus palabras fueron cortadas por el ulular de varias sirenas. Un agente de tráfico extendió los brazos en un cruce, haciendo que ellos y varios autos más se detuviesen.

Vieron pasar como una exhalación a una ambulancia y dos coches policiales, con las sirenas emitiendo el clásico sonido agudo que paraliza a los conductores.

Harvey rió irónico:

—¿Crees que llegarán a tiempo, Brod?

—Ese problema es de ellos, Harvey —gruñó Cole—. Nosotros hemos resuelto el nuestro.

—Ya.

El agente de tráfico volvió a darles paso y Cole puso el coche nuevamente en movimiento. Dos manzanas más allá torció a la derecha enfilando la avenida que conducía a la colina de Hollywood.

—Diez minutos más y estaremos a salvo —rió Quirk—. No pensé que la cosa fuese tan bien. Oye..., ¿tenéis dinero suficiente para distraer la espera jugando al póquer?

Brod Cole no respondió y dijo Foster:

—¿De qué te servirán los dólares cuando hayamos regresado, chico?

Harvey Quirk tensó los músculos faciales.

—Te consta que no me gusta que me llamen chico, Seth —silabeó—. No vuelvas a olvidarlo.

Foster sonrió haciendo un gesto.

—Está bien. Perdona, hombre.

—Sin pitorreos, Seth.

Crispando las manos sobre el volante, intervino Brod colérico:

—Te gusta buscar camorra, ¿eh, Seth?

El aludido compuso una mueca displicente.

—Vamos a dejarlo.

Minutos después se detenían frente al chalet de Gilbert Murray. Harvey saltó del coche y abrió la verja. Brod maniobró introduciéndolo por el sendero pavimentado.

Bajaron ante la puerta de la casa y frunció el ceño Seth Foster comentando:

—Es raro que Gilbert no se asome a recibirnos.

—Debe de estar escuchando las noticias pegado a la televisión —adujo Cole—. Seguro que son de su agrado.

Pero Brod Cole se equivocaba.

Cuando penetraron en el chalet, cuya puerta se hallaba extrañamente abierta, pudieron ver el cuerpo de Gilbert Murray tendido de costado en el suelo.

Los cuatro contemplaron petrificados la herida entre sus costillas izquierdas.

Brod Cole fue el primero en reaccionar y se inclinó sobre Murray sosteniéndole la muñeca entre sus dedos. Luego levantó la mirada a sus compañeros y movió la cabeza lentamente.

—Está muerto —murmuró asombrado.

CAPÍTULO VII

«El hombre destinado a ocupar la Casa Blanca herido gravemente en un brutal atentado».

«El senador Irving H. Veblen se debate entre la vida y la muerte».

«La policía busca intensamente a los culpables del criminal acto de terrorismo».

Seth Foster tiró los periódicos en el suelo del coche y miró furioso a sus compañeros.

—¿Qué vamos a hacer, ahora?

—Ante todo no perder la calma —recomendó Brod sin dejar de conducir en dirección a San Bernardino—. Los nervios desatados no conducen a ninguna parte.

Harvey Quirk apretó los dientes.

—Con que nunca fallas un blanco, ¿eh, Brod?

Cole replicó ásperamente:

—Dicen los periódicos que se debate entre la vida y la muerte, ¿no? Es señal que le acerté.

—No seas idiota, Harvey —intervino Foster—. Aquí dicen que el asesino le dio de lleno y que existen escasas posibilidades de que salve la vida. Eso le da la razón a Brod.

Ginger, pálida como una muerta, se sentaba en el asiento delantero junto a Cole. Movi6 los labios musitando:

—No es eso lo que debe preocuparnos ahora.

—Exacto, *Gin* —aprobó Brod—. Nos dieron otras direcciones donde poder acudir en caso de que algo fuera mal, ¿no? Pues bien; iremos a la primera de ellas.

Seth Foster inquirió:

—¿Te refieres a Phoenix?

—Eso es, Seth —asintió Cole—. En esa ciudad tiene que ayudarnos un fulano llamado Will Higham.

Harvey Quirk soltó un gruñido.

—Eso en el caso de que no se lo hayan cargado como a Gilbert. No me gusta nada todo esto.

—¿Por qué tenían que matar a Higham, Harvey?

—Vete a saber, Seth. ¿Por qué eliminaron a Gilbert?

Foster se pasó la mano por los cabellos.

—No lo sabemos. Quizá algún ladrón...

—O que sospechaban sus verdaderas actividades —atajó Quirk—. Yo me inclino a creer eso.

Brod Cole indagó:

—¿Y cómo explicas que no nos atraparan antes Harvey? Si realmente sospechaban las actividades de Gilbert Murray debían tenerlo sometido a vigilancia. Es lo lógico.

Foster aprobó sacudiendo la cabeza.

—Lo mismo digo. Cada vez estoy más convencida de que la muerte de Gilbert no tiene nada que ver con nosotros.

—Ante todo, insisto una vez más en que debemos conservar la calma —empezó a decir Broderick Cole—. Disponemos de documentación en regla y nadie puede relacionarnos con lo sucedido. Somos cuatro amigos en viaje de negocios a Phoenix. Es importante que nos pongamos de acuerdo en ese punto.

Harvey Quirk ironizó:

—¿A qué nos dedicamos, Brod?

Cole se pasó la mano por la nuca.

—No lo sé... Podemos decir que vosotros sois agentes de bienes raíces y queréis vendernos una casa en las afueras de Phoenix. Coincide con lo que pone en vuestras documentaciones, ¿no?

—Me parece una buena idea, Brod —aprobó Foster—. Si la policía nos detiene diremos eso, ¿de acuerdo Harvey?

—De acuerdo —replicó el joven—. Pero una cosa sí que os la puedo garantizar.

—¿El qué?

Harvey Quirk sacó una pistola y la mostró a sus amigos.

—Si las cosas se tuercen no me atraparán vivo. Nunca me ha gustado la cámara de gas.

Cole apretó los maxilares.

—Esconde la pistola bajo el asiento igual que nosotros, Harvey —ordenó seco—. ¿Te has vuelto loco?

—Me volveré loco si un policía me pone las manos encima.

—No lo hará mientras no sospeche nada, idiota —barbotó Cole—. Si nos paran y te encuentran la pistola, estaremos perdidos.

—Está bien —se resignó Harvey—. Pero la tendré en todo instante al alcance de la mano.

—¿Y dónde crees que las tenemos nosotros? —masculló Foster.

El coche había dejado atrás los últimos suburbios de Los Angeles y Cole condujo a mayor velocidad, enfilando la amplia pista que llevaba a San Bernardino.

Ginger volvió a intervenir en la conversación:

—Hay otra cosa que podríamos hacer.

Foster y Quirk se quedaron mirándola aguardando sus siguientes palabras. Pero Brod preguntó:

—¿Qué, *Gin*?

—Dividirnos igual que a la venida.

—Ni hablar —farfulló Foster—. Los cuatro estamos metidos en esto y juntos hemos de salir del atolladero.

—Si formáramos dos parejas existirían más posibilidades —insistió la muchacha—. Es posible que una de ellas fuera detenida, pero la otra conseguiría salvarse.

Harvey se estaba pasando la lengua por los labios pensativo.

—No acaba de gustarme la idea, *Gin*.

—De momento seguiremos unidos —dijo Broderick Cole como si fuera el jefe del grupo—. Después de ver a Higham en Phoenix, ya decidiremos lo que conviene hacer.

Seth Foster entornó los párpados.

—¿Te has nombrado jefe a ti mismo, Brod?

Cole encogió los hombros.

—Aquí no hay jefe ni subordinados, Seth. Sólo que nos encontramos en una barca con mar encrespado y alguien tiene que llevar el timón. ¿Deseas hacerlo tú?

—Soy el más viejo, Brod.

—De acuerdo —rió, ácidamente el joven—. Adelante. Empieza a ordenar lo que debemos hacer.

Seth Foster tardó un poco en hablar. Luego dijo:

—Podrías poner la radio del coche y sabríamos lo que está

ocurriendo en torno nuestro.

Brod Cole movió la cabeza en sentido afirmativo concediendo:

—¿Ves? Has tenido una buena idea.

Y acto seguido pulsó un botón encendiéndola.

Escucharon unos minutos de música suave y de pronto se cortó bruscamente y en su lugar dijo la voz de un locutor:

—«Interrumpimos de nuevo nuestro programa para facilitarles las últimas noticias en relación con el salvaje atentado perpetrado en la persona del senador Irving H. Veblen. La vida del prestigioso senador de los Estados Unidos, que sin lugar a dudas estaba destinado a ocupar la Casa Blanca en fecha próxima, sigue pendiendo de un delgado hilo. Los doctores que lo atienden en la Clínica Saint Joseph, comunicaron en una rueda informativa que el estado del paciente continúa estacionario. Como todos ustedes saben, el senador cayó en estado de coma al ser brutalmente herido y su recuperación parece problemática. La opinión pública se encuentra enardecida por el criminal hecho ocurrido en Los Angeles. De todas partes del país no cesan de llegar telegramas interesándose por el estado del senador Veblen.

»En cuanto a la policía... la verdad es que bien poco podemos decir en su favor. Se limitan a decir que siguen varias pistas y que, al parecer, el atentado lo han llevado a cabo unos desconocidos. Aseguran que se procede a la detención de personas que pueden conducir a los culpables. No obstante; nuestra opinión particular es que están dando palos de ciego y nada firme tienen en las manos. Seguiremos informando en el momento en que nos lleguen nuevas noticias».

Brod Cole bajó el volumen.

—Ese locutor es un tipo listo —rió Harvey—. La policía anda despistada en el asunto. Desde el momento en que anuncian que tienen varias pistas es que no tienen ninguna. Se puede decir sin temor a equivocarnos que tenemos vía libre, ¿eh, muchachos?

A pesar de sus palabras, Cole y Foster notaron una extraña agitación en el tono de su voz. El muchacho era presa de un gran nerviosismo y aquello podía resultar peligroso.

De repente arrugó la nariz Brod Cole.

—¿Qué debemos hacer ahora, Seth?

—¿A qué te refieres? —inquirió Foster que estaba mirando

preocupado a Harvey Quirk.

—Echa una mirada al frente.

Seth Foster lo hizo e imprecó una maldición entre dientes.

Delante de ellos se hallaba un coche patrulla de la policía y dos agentes les hacían señas para que se detuvieran.

Harvey Quirk se inclinó sacando la pistola.

—A mí no me cogen vivo.

—¡Guarda el arma, Harvey! —Casi gritó Brod Cole.

Pero ya era demasiado tarde.

Harvey Quirk empuñaba la automática dispuesto a abrirse camino a tiros en su nerviosismo.

Seth Foster intentó sujetarlo, pero el joven se lo quitó de encima de un empuellón.

Los dos policías estaban ya lo suficientemente cerca para observar que algo extraño estaba sucediendo en el interior de aquel coche. Ambos llevaron la mano a la culata de sus armas.

CAPÍTULO VIII

—Han transcurrido exactamente doce horas y veintisiete minutos desde que se cometió el atentado. ¿Y qué sabemos? Absolutamente nada, estamos prácticamente en el punto de partida.

El comisario-jefe Julius Hughes de la policía de Los Angeles, levantó la mirada del reloj pulsera y la paseó por los rostros apesadumbrados de sus mejores detectives.

—No tengo más remedio que pensar una cosa —dijo, entristecido—. Somos un hatajo de ineptos.

Por regla general era su habitual forma de hablar cuando deseaba ofender al personal a sus órdenes. Se incluía entre ellos, pero todos sabían a quién iba dirigida el insulto.

El teniente Larry Brace carraspeó diciendo:

—Parece habérselos tragado la tierra, señor. Hemos cribado prácticamente toda la ciudad sin hallarlos. Mis hombres continúan trabajando sin descanso en ello.

—No basta, Brace —denegó Hughes—. Pronto empezarán a pedir una cabeza y ésa será la mía. Tenemos que atrapar a los terroristas antes de que transcurran las veinticuatro horas. Porque en el caso de que caiga mi cabeza, les aseguro que alguien más vendrá conmigo.

El capitán Weyl movió gravemente la cabeza.

—Hemos cerrado todas las salidas de la ciudad, señor —informó—. La medida se llevó a cabo minutos después de que el senador fuera herido. En principio se echó mano de todo el personal en activo y la vigilancia no pudo ser todo lo efectiva que hubiésemos deseado. No obstante, en cada salida de la ciudad, por insignificante que fuera, se situó por lo menos un coche patrulla. Después hemos reforzado la vigilancia. Mejor dicho; lo estamos haciendo ahora.

El comisario-jefe se quedó mirándolo fijamente.

—¿Y qué quiere decirme con eso, capitán Weyl?

—Que no podrán abandonar la ciudad, señor.

—¿Está seguro?

—Completamente, señor. Si intentaran salir por tierra o aire, serían inmediatamente descubiertos.

Hughesladeó la cabeza haciendo una mueca.

—¿Se ha prohibido abandonar la ciudad a todos los habitantes de los Angeles, capitán Weyl?

El oficial de policía tosió levemente.

—Esa medida es imposible de tomar, señor —respondió extrañado—. Legalmente no podemos hacerlo.

El comisario-jefe Julius Hughes descargó un furioso puñetazo en la mesa, lívido de rabia.

—¡Entonces no me diga que no pueden salir, capitán Weyl! —rugió fuera de sí—. ¿Acaso cree que esa gentuza trate de abrirse paso a tiros? Saldrán de la ciudad confundidos con las personas honradas que continuamente la abandonan.

El capitán Weyl asintió crispadas las mandíbulas.

—Es posible, señor.

—Creo que estamos buscando en sitios equivocados —siguió Hughes mirando a sus hombres—. Desde el primer momento hemos creído que son delincuentes habituales y ése fue nuestro error. Estoy convencido de que son profesionales del terrorismo. Gente a la que no tenemos fichada.

El teniente Brace formuló una pregunta:

—¿Cómo podemos buscarlos entonces, señor?

Hughes lo fulminó con la vista.

—No me haga ese tipo de preguntas, o nos vamos a enfadar, teniente Brace. ¡Removiendo cielo y tierra si es preciso, infiernos!

En aquel instante se abrió la puerta del despacho y una policía femenina uniformada, se aproximó a la mesa tendiendo una tarjeta al comisario jefe Hughes.

—Tiene una visita, señor comisario.

Hughes posó los ojos en la chica iracundo.

—¿Nos estamos volviendo idiotas... o qué, señorita Morris? —bramó lleno de furor—. ¡Dejé dicho que no quería ser interrumpido bajo ningún pretexto!

La joven se ruborizó intensamente. Sin embargo no se movió del sitio e insistió:

—Se trata de un visitante importante, señor comisario.

Hughes atrapó la tarjeta de un zarpazo y leyó rápidamente el nombre escrito en ella. Tanto su rostro, como su fiera actitud, cambiaron radicalmente. Hizo un ademán a sus hombres indicándoles la salida.

—Seguiremos hablando más tarde —dijo escueto—. Hágalo pasar inmediatamente, señorita Morris.

Apenas si había transcurrido un minuto cuando Hughes fue hasta la puerta para recibir al hombre que entró en su despacho oficial. Le estrechó la diestra ofreciéndole un sillón ante su mesa.

Tomó asiento a su vez y preguntó amablemente:

—¿Qué le trae por Los Angeles, señor Walcutt?

Eric Walcutt, el hombre del FBI, forzó una tenue sonrisa.

—No me diga que no lo imagina, comisario Hughes.

—El asunto Veblen, ¿eh?

—Exacto, comisario Hughes —replicó Walcutt—. Desde este mismo instante ha pasado a ser asunto federal. Ustedes no tienen jurisdicción en él. Quedan desligados del caso, porque ha pasado a nuestras manos.

Julius Hughes no pudo evitar mostrar su extrañeza.

—¿Cómo dice?

Eric Walcutt extrajo un papel del bolsillo interior de su americana y lo entregó al comisario-jefe de Los Angeles. Aguardó a que éste lo leyera y luego dijo:

—Como puede comprobar, el documento que le entrego refrenda mis palabras. Ahora le ruego que haga lo que voy a decirle, comisario.

Hughes se pasó la mano velluda por el rostro.

—No acabo de entender lo que ocurre, señor Walcutt —murmuró—. Mis muchachos están trabajando intensamente en resolver el caso.

Eric Walcutt mostró la mano extendida y dijo suavemente:

—No se ofenda, comisario Hughes... En realidad no tiene por qué entender lo que sucede.

No obstante, Julius Hughes tardó bastante en cabecear en sentido afirmativo.

—De acuerdo, señor Walcutt. Debe de ser algo importante y ultrasecreto cuando usted se encuentra metido en ello. Dígame lo que debo hacer.

—Nada, comisario Hughes. Deseo que sus hombres no hagan absolutamente nada. Que sigan manteniendo la vigilancia, pero que se abstengan de llevar a cabo cualquier detención durante irnos días. Ni siquiera la de un delincuente que pueda parecerles sospechosa.

Hughes miró perplejo al hombre del FBI. Después de unos segundos acabó encogiendo los hombros.

—Usted sabrá lo que hace, señor Walcutt.

—Exacto, comisario Hughes. Su responsabilidad está a salvo con el documento que acabo de entregarle.

El comisario-jefe asintió nuevamente.

—Desde luego, señor Walcutt.

—Pues no se preocupe de nada más. Me mantendré en contacto con usted y le daré nuevas instrucciones en caso de que sean necesarias.

—Supongo que debemos continuar la vigilancia en la Clínica Saint Joseph, ¿no?

—No se preocupe del senador, comisario Hughes. Dentro de una hora será trasladado a un lugar secreto. Con él irán los dos médicos que lo atienden.

Hughes boqueó asombrado.

—Oiga, Walcutt... El senador no puede ser trasladado en el grave estado que se encuentra.

—Tenemos que correr el riesgo.

—Puede morir en el traslado.

—Esperemos que no ocurra, comisario.

Erie Walcutt se levantó dando por finalizada la entrevista. Estrechó la mano del perplejo Julius Hughes y ya se encontraba junto a la salida, cuando lo alcanzó el comisario.

—Otra cosa, señor Walcutt...

—Diga, comisario.

—¿Qué le diremos a los periodistas?

Walcutt forzó una nueva risita.

—También corre de nuestra cuenta, comisario. Usted límitese a decir que el asunto ha pasado al FBI.

Cuando Eric Walcutt abandonó definitivamente el despacho, Julius Hughes quedó unos segundos pensativo. A continuación encogió los hombros y soltó un suspiro de alivio.

La solución del problema no le correspondía.

CAPÍTULO IX

Brod Cole imprimió un brusco giro al volante.

Con su maniobra, logró evitar la colisión con el coche policial, pero al mismo tiempo evitó que el balazo disparado por su compañero Quirk, llegara a su destino.

Uno de los agentes rodó por el suelo y en un momento determinado se inmovilizó brevemente abriendo fuego.

La bala pulverizó el cristal de la portezuela derecha y estuvo a punto de herir a Ginger.

—¡Al suelo, *Gin*! —gritó Brod.

Y apretó con fuerzas el pedal del freno, en el instante en que Harvey volvía a disparar.

Quirk imprecó una maldición al fallar nuevamente debido a que salió impulsado hacia el asiento delantero por el brusco frenazo. No pudo contenerse y rodó entre las piernas de Seth Foster impidiéndole a éste sacar su pistola.

Brod ya empuñaba la suya.

Efectuó dos rápidos disparos adelantándose en fracciones de segundo a los agentes.

Ambos rodaron por tierra alcanzados en el pecho.

Una vez más se puso de manifiesto la extraordinaria puntería de Brod Cole y su rapidez de reflejos.

Los dos policías se revolcaban en mortales estertores y levantándose de entre los asientos, los contempló Harvey Quirk con una salvaje mueca plasmada en el semblante.

Cole pisó a fondo el acelerador.

Las ruedas chirriaron lastimeras antes de que el coche saltara hacia adelante en brusca sacudida, saliendo a gran velocidad de allí. Se hallaba a unos quinientos metros cuando pidió Brod:

—Echa un vistazo atrás, Seth.

Foster obedeció y giróse informando:

—Acaba de detenerse un auto particular junto al de la policía, Brod. No creo que puedan distinguir nuestra matrícula.

Harvey Quirk bromeó excitado:

—Debiste dejarme uno para mí, Brod.

Cole apretó los dientes rabioso.

—Eres un perfecto imbécil, Harvey —increpó—. Has hecho todo lo posible para que seamos perseguidos por una jauría de policías. En cuanto se presente la ocasión huiré de ti como si tuvieras la peste. Eres un loco irresponsable.

Harvey Quirk sintió una profunda ira que sacudió todo su ser. Aún sostenía la pistola empuñada y no dudó ni un segundo en apoyarla en la nuca de Brod.

Rió bestialmente.

—¿Qué te juegas a que no lo haces, Brod?

—No seas idiota, Harvey —replicó displicente Brod—. Con sólo apretar el freno saldrías por el parabrisas.

Fríamente invitó Harvey:

—Haz la prueba, Brod.

De pronto sintió Harvey el duro contacto de la pistola de Seth Foster incrustada en sus riñones.

—Tranquilo, Harvey —aconsejó la voz del mayor del grupo—. Guarda el arma y déjate de tonterías.

Harvey Quirk palideció intensamente.

—No serías capaz de disparar, Seth.

—No me pongas a prueba, chico —sonrió gélido Foster—. Si no controlas los nervios puedes crearnos múltiples problemas. Quizá estaríamos mejor sin tu compañía.

—Oye, Seth...

—¿Por qué no dejan de comportarse como niños? —intervino Ginger, cuyo rostro aparecía lechoso, lívido y contraído—. No se conseguirá nada si acabamos peleando entre sí.

—*Gin* ha dicho algo sensato —afirmó Seth Foster—. Guarda la pistola, Harvey. Y en cuanto a ti, Brod, olvida la idea de huir por tu cuenta. Si llega el momento en que sea preferible la separación lo decidiremos por votación.

Brod dio una brusca cabezada.

—De acuerdo, Seth.

Harvey Quirk también asintió y volvió a introducir la pistola en su escondite. Echó la cabeza sobre el respaldo del asiento sumiéndose en hoso silencio.

El coche siguió rodando a buena velocidad por la cinta asfaltada. De súbito preguntó Ginger:

—¿Falta mucho para San Bernardino, Brod?

—Imagínate. Acabamos de salir de Los Angeles.

—Convendría cambiar de coche. Las personas que se detuvieron junto a los policías heridos pueden describir la clase de vehículo que utilizamos.

—Estaba pensando en eso.

—¿Cuál es el próximo pueblo, Brod? —quiso saber Seth—. Allí podríamos cambiar de auto.

Cole levantó los hombros.

—Lo ignoro. Es posible que sea Pomona. O tal vez Riverside. Supongo que entre los cuatro reunimos el dinero suficiente, ¿no?

Recostado en el asiento, con los ojos cerrados, rió bajito el joven Harvey Quirk.

—Mira por dónde os voy a ser de gran utilidad, caramba.

Foster se giró a él.

—¿A qué te refieres?

Quirk abrió los ojos y ladeó la cabeza.

—Cuando vosotros estabais perdiendo el tiempo tontamente en casa de Gilbert, tratando de hallar algo que nos pudiese comprometer dentro del chalet, yo me ocupé de otro asunto más positivo.

—¿Sí?

—Pensé que nos haría falta dinero para huir y registré el despacho de Gilbert hasta encontrar la caja fuerte. Llevo en el bolsillo del pantalón unos dos mil dólares.

Unos diez minutos más tarde llegaban sin novedad a Pomona. Buscaron una casa de compra y venta de automóviles y no discutieron en absoluto las condiciones del vendedor.

Cuando emprendieron la marcha otra vez, Brod conducía un «Chevrolet» modelo de cuatro años atrás.

No tardaron en rebasar San Bernardino y enfilaron las largas rectas que bordeando los montes Chocolate conducen a Yuma, la

ciudad fronteriza con Arizona y puerta del otrora terrible desierto Gila.

En todo el trayecto recorrido no volvieron a encontrar ningún otro control de la policía. En dos ocasiones fueron rebasados por coches patrullas, pero siguieron de largo.

El «Chevrolet» fue elegido con radio y ante la monotonía en que se estaba desarrollando el viaje, pidió Foster:

—Enchufa la radio, Brod.

Cole fue pulsando botones seleccionando estaciones cada dos o tres minutos. En todas ellas emitían música, aunque de género distinto. Finalmente la dejó puesta en una emisora y la música siguió largo rato sin que se interrumpiera para emitir comunicado alguno de la policía.

Foster se pasó la mano por el mentón.

—Esto es muy extraño.

—¿El qué, Seth?

—Parece que nos hayan olvidado, Brod. Tampoco dicen nada del estado en que continúa Veblen.

—Seguro que ha muerto. En cuanto a nosotros, la policía debe saber lo que estamos haciendo. Escuchar la radio es lo lógico en estos casos y al emitir comunicados nos van poniendo sobreaviso.

—Es posible.

La noche comenzaba a tender su negro manto sobre las crestas de los montes Chocolate. Brod encendió los faros y en un indicador pudo leer que Yuma se encontraba a diez millas. Sin apartar la mirada de la carretera, indagó:

—¿Nos detenemos a pasar la noche en un motel, o seguimos sin parar hasta Phoenix?

Los otros tres guardaron silencio. Foster fue el primero en hablar:

—Soy partidario de seguir hasta Phoenix.

—Lo mismo digo —opinó Quirk—. A pesar de todo, los policías pueden venir pisándonos los talones.

Ginger se mantuvo silenciosa. En realidad, todo el viaje lo había hecho sin apenas despegar los labios. Parecía sumida en hondas preocupaciones que ponían arrugas en su frente. Brod se percató de ello observándola de reojo en varias ocasiones.

—¿Qué dices tú, Brod? —preguntaba Foster.

El joven chascó la lengua.

—Para llegar a Phoenix tenemos que cruzar el Gila.

—¿Y qué?

—Es un lugar inhóspito. No me gustaría tener que pasar una noche en él por avería.

—Vamos, Brod —bromeó Seth—. Los tiempos de los colonos del lejano Oeste ya no existen.

—Pero el Gila sigue estando ahí delante, Seth.

Harvey rió irónico.

—No me digas que le tienes miedo a la oscuridad, Brod.

Cole crispó las manos en el volante.

—Temo a la policía, Harvey. Lo mismo que te sucede a ti. Entre Wellton y Buckeye hay más de doscientas millas sin que haya un asqueroso poblacho. ¿Te imaginas lo fácil que le resultaría a la policía atraparnos en las llanuras arenosas con sus helicópteros? Ni siquiera existe vegetación para ocultarnos.

Foster seguía frotándose la barbilla, pensativo.

—¿Qué te hace suponer que lo cruzaremos mejor de día. Brod?

—Durante la noche pocos automóviles se internan en el desierto. Circulan con mayor profusión de día y por lo tanto resulta menos arriesgado. Es más sencillo pasar desapercibidos.

—¿Y qué me dices si vienen siguiéndonos, Brod?

—No lo creo, Seth. Ya nos hubieran dado alcance. Los dos coches que nos adelantaron ni siquiera se molestaron en mirarnos.

Foster meditó unos instantes y acabó tocando e hombro de Ginger.

—¿Qué opinas tú, muchacha?

—Ella desconoce el país, Seth —terció Harvey—. No está habituada a las costumbres de aquí.

—Pero tiene voz y voto, ya que forma parte del grupo. Di lo que opinas, Ginger.

La radio del coche seguía funcionando en tono bajo y en el momento en que la chica se disponía a responder la música se interrumpió bruscamente y en su lugar empezó a decir una voz femenina:

—«Detenemos aquí nuestra emisión para notificarles las últimas noticias recibidas en relación con el salvaje atentado...».

—¡Sube el volumen, Brod!

Cole ya lo estaba haciendo y la voz de la locutor siguió:

—«...la policía local de Los Angeles ha delegado caso en el FBI y al parecer, los agentes federales han conseguido dar un gran paso adelante. En una nota que nos ha sido facilitada de fuentes oficiales, se nos comunica que ya se conoce la identidad de los terroristas causantes del criminal hecho».

Harvey sonrió fanfarrón.

—Eso es mentira.

—¡Calla! —le ordenó Seth Foster dándole un manotazo.

En silencio, pudieron seguir escuchando la voz femenina:

—«...y según los datos facilitados por dicha fuente oficial, se trata de cuatro personas. Tres hombres y una mujer. Los nombres de los cuatro terroristas son Broderick Cole, Seth Foster, Harvey Quirk y Ginger Paxson, que al parecer se finge esposa del primero. El FBI asegura que es sólo cuestión de horas el que esos seres inhumanos caigan en sus redes. Y hasta aquí nuestro boletín informativo. Seguiremos informando cuando lleguen nuevos datos a nuestra redacción».

En el coche se había hecho un silencio de muerte.

Seth Foster guiñaba el ojo en incontrolable tic nervioso y pálido como el de un muerto.

Brod Cole estuvo a punto de salirse de la carretera, tal era su turbación.

Ginger tenía sus grandes ojos desmesuradamente abiertos.

Harvey Quirk reaccionó musitando incrédulo:

—No... no puede ser cierto.

—¿Cómo infiernos nos han descubierto? —masculló Seth Foster sin dar crédito aún a lo que había escuchado.

Brod Cole torció el gesto en agría mueca.

—Por lo menos, eso resuelve la discusión que traíamos, ¿no? Hemos de volar hasta Phoenix.

CAPÍTULO X

Eran aproximadamente las siete y treinta minutos de la mañana, cuando Brod Cole detuvo el «Chevrolet» frente a un edificio de apartamentos situado en un barrio apartado del centro urbano de Phoenix.

Quitó la llave del contacto y emitió un suspiro.

—Hasta aquí todo marcha bien.

—¿Cuánto crees que durará? —Preguntó Seth Foster sentado a su lado—. En cualquier momento pueden caernos encima esa gente del FBI.

Harvey Quirk se removió nervioso en el asiento posterior, sentado al lado de Ginger. Llevó la diestra al sobaco y con expresión ceñuda masculló:

—Lo que es a mí no me atrapan vivo.

Brod señaló el edificio de apartamentos.

—Nuestra incertidumbre puede disiparse si Will Higham nos aguarda y puede cobijarnos. ¿Subimos los cuatro juntos?

Foster se quedó mirándolo.

—¿Qué sugieres?

—Que subamos solamente dos de nosotros. Pueda estar esperando Higham, y también puede esperar el FBI. Si dos se quedan en el coche tendrán una oportunidad de escapar.

—No es mala idea.

—Yo subo —afirmó Harvey—. Me crispa los nervios estar aquí aguardando.

Foster asintió lentamente.

—Podéis subir tú y Harvey, Brod.

—De acuerdo.

—A la menor señal de peligro salid huyendo y no dudéis en

disparar si es preciso. Yo esperaré con el motor en marcha.

Harvey lo miró rencoroso.

—Para apretar el acelerador en cuanto escuches el primer estampido, ¿eh, Seth?

Foster mantuvo inexpresivo el rostro.

—Puedes quedarte aquí si lo prefieres, Harvey —silabeó—. Yo subiré con Brod.

—¡No...! —Casi gritó Quirk—. Desde pequeño fui un amante del riesgo y no voy a cambiar ahora.

—Entendido. Adelante.

Brod y Harvey abandonaron el vehículo y se encaminaron al edificio después de mirar a ambos lados de la calle. A aquellas horas de la mañana aparecía desierta.

La puerta de entrada de los apartamentos se hallaba abierta y los dos compañeros penetraron en el vestíbulo con las manos bajo la americana. Rozando con la yema de los dedos las culatas de sus armas. Despreciaron el ascensor y subieron por la escalera.

El apartamento de Will Higham era el

3-D

, ubicado en la tercera planta del edificio.

Llegaron a ella sin que nada turbara el silencio imperante.

Brod buscó con la mirada la puerta correspondiente y aproximándose a ella seguido del cauteloso y tenso Harvey, pulsó el timbre fijado en el marco de madera.

A oídos de ambos llegó nítido el sonido de un carillón procedente del interior.

Los segundos transcurrieron interminables.

Harvey Quirk extrajo la pistola y ante la mirada reprobativa de Cole, procuró ocultarla bajo la solapa de su chaqueta. No obstante, su índice se crispaba rozando tenuemente el gatillo.

Nadie acudió a abrir la puerta y repitió Brod la pulsación.

Pasó un minuto que les pareció un siglo.

—Aquí no hay nadie, maldita sea —gruñó Harvey—. Si Higham ha escuchado la radio se habrá fugado.

—Tenemos que entrar, Harvey.

—¿Para qué?

—Me temo que a Higham ha podido ocurrirle lo mismo que a Gilbert.

—En ese caso mayor motivo para salir pitando de aquí, Brod.

—¿Sin comprobarlo personalmente? No, Harvey, vete tú si quieres. Yo me quedo hasta comprobar que Will Higham no está dentro. ¿Y si no quiere abrirnos, dadas las circunstancias?

Harvey se pasó la zurda por los cabellos.

—No había pensado en ello.

—Yo, sí.

—Si ese cerdo de Higham está dentro y se niega a ayudarnos soy capaz de vaciarle el cargador en la cabeza.

—No nos adelantemos a los acontecimientos, Harvey. En primer lugar tenemos que entrar en el apartamento.

—¿Cómo lo haremos?

Brod Cole sacó del bolsillo un juego de ganzúas y se inclinó sobre la cerradura examinándola.

—No será difícil de abrirla —dijo—. Vigila bien que nadie pueda sorprendernos.

—Descuida.

Brod Cole estuvo unos tres o cuatro minutos hurgando en la cerradura y finalmente empujó suavemente la hoja de madera que cedió abriéndose. Hizo un ademán a Harvey y los dos penetraron sin titubeos en el interior del apartamento.

Quirk con la pistola por delante.

Se encontraron en un amplio salón confortablemente amueblado. Al fondo, un gran ventanal con persiana graduable dejaba penetrar la luz de la mañana.

Sin embargo, la pantalla de una luz eléctrica se hallaba encendida.

A izquierda y derecha del salón, dos puertas debían conducir a otras habitaciones del apartamento. Brod le señaló a su compañero la situada a la derecha.

—Echa un vistazo por ahí mientras yo lo hago por esta parte.

—Entendido.

Los dos empuñaban las pistolas dispuestos a repeler cualquier agresión imprevista. Apenas había traspuesto Harvey la puerta indicada por Brod, cuando llamó excitado:

—Eh, Brod.

Cole acudió enseguida a su lado y miró por encima del hombro de Quirk que se hallaba inmóvil en el hueco.

No le gustó lo que vio.

Un hombre yacía sobre el suelo alfombrado del dormitorio. Estaba de bruces y bajo su cuerpo el tejido de la alfombra empapado de sangre. Rompía la belleza estética de la habitación, con el cuchillo clavado hasta el mango entre los omoplatos.

Brod apartó al estupefacto Harvey y se llegó junto al caído. Le bastó una breve comprobación para afirmar:

—Muerto. Está más frío que un témpano de hielo.

Se giró a Quirk comentando:

—Supongo que este fulano era Higham. Ahora tendremos que buscar la manera de...

Guardó silencio Brod al percatarse de que Quirk tenía desencajadas las facciones. El muchacho estaba a punto de sufrir una crisis nerviosa. La inusitada palidez del rostro, los maxilares crispados, la mirada extrañamente fija... Eran síntomas inequívocos.

Se aproximó despacio a él y le puso la mano en el hombro.

—Tranquilo, Harvey. Debemos conservar la calma, muchacho.

Harvey se deshizo bruscamente, de la mano de Cole y se apartó unos pasos estallando nervioso:

—¡Eso es muy fácil decirlo, Brod! ¡Yo liquidé a tres compañeros míos en Vietnam! ¿Sabes lo que ocurrirá si me atrapan los del FBI? ¡La cámara de gas o el piquete de ejecución!

Brod Cole levantó los hombros y sonrió tristemente.

—¿Y qué supones que nos sucederá a los demás, Harvey? No somos angelitos caídos de una nube. Además... todavía no nos han cogido.

—¡Nos cogerán, Brod! ¿No lo ves claro, maldita sea? Primero se cargaron a Gilbert y ahora a Higham. ¡Están jugando con nosotros como el gato con el ratón!

Cole fue de nuevo a su lado.

—Nada conseguirás gritando, como no sea alertar a los vecinos y que llamen a la policía, Harvey. Vamos, cálmate y salgamos lo antes posible de aquí.

Las sensatas palabras de Brod penetraron en la mente de Quirk. El muchacho inspiró con fuerza y haciendo un titánico esfuerzo pudo sobreponerse a la crisis.

Ambos abandonaron el apartamento y poco después se metían

en el coche. Brod informó en pocas palabras a Foster y Ginger del hallazgo. Seth puso el «Chevrolet» en marcha con evidentes muestras de preocupación. Surcada la frente de arrugas.

Harvey se había dejado caer en el asiento posterior con la cara cubierta de gotitas de sudor.

Foster rompió el pesado silencio preguntando:

—¿Qué podemos hacer ahora?

—Dirigirnos al tercer nombre de la lista —respondió sin titubeos Cole—. Es Matthew Handlin el hombre de Albuquerque, ¿no?

Seth Foster dejó escapar un gruñido.

—¿Y qué lograremos con eso? Seguro que está convertido en fiambre lo mismo que Gilbert y Will Higham.

—Es posible —asintió Brod—. Pero no lo sabremos si no vamos allí. ¿Y si la cadena se ha roto en Higham?

—¿Tú crees, Brod?

—Lo que yo creo es que no podemos quedarnos aquí parados, Seth, Hay que salir de estampida en una dirección u otra.

Ginger volvió a exponer su idea:

—Y ahora más que nunca debemos separarnos. El FBI está buscando a una mujer y tres hombres. Sería darles más facilidades si permanecemos unidos.

Seth Foster estuvo de acuerdo en esta ocasión y lo mismo expresó Harvey Quirk, aunque éste en un susurro apenas audible. Seguía hondamente afectado.

Discutieron unos minutos y finalmente decidieron formar las mismas parejas que cuando entraron en el país. Por supuesto, ya no podían seguir haciéndose pasar por esposos Ginger y Brod. Tampoco podían dar sus verdaderos nombres en ningún alojamiento. Las documentaciones de que estaban provistos no servían.

Acordaron dirigirse por separado a Albuquerque y encontrarse el día nueve a las diez y media de la mañana frente a las señas de Matthew Handlin.

Brod y Ginger siguieron con el «Chevrolet», en tanto Foster y Quirk aseguraron que buscarían otro automóvil.

Minutos después se separaban.

Antes de abandonar Phoenix, Brod Cole detuvo el auto y fue a comprar un periódico. Para informarse en lo posible del estado en que se hallaba la persecución.

CAPÍTULO XI

—¿En qué piensas, *Gin*?

La muchacha se hallaba con la cabeza ligeramente inclinada, con aire ausenté. Ni siquiera reparaba en el paisaje que iba quedando atrás por la amplia y bien cuidada autopista que los llevaría a Tucson. Sin mirar a sus acompañantes, respondió en un susurro:

—No me entenderías, Brod.

—¿Por qué no haces la prueba?

—No vale la pena, Brod.

—Yo creo que sí, nena.

Ginger levantó la cabeza y posó en él sus grandes ojos oscuros. Durante largo rato estuvo mirándolo intensamente.

—No... me siento segura, Brod —dijo al fin—. Me debato en un mar de dudas.

Brod Cole sonrió infundiéndole ánimos.

—Conseguiremos burlarlos, *Gin*. Ya lo verás.

—No me estaba refiriendo a eso, Brod. Casi deseo que la policía nos detenga.

Cole arrugó el ceño.

—No te comprendo, nena.

Ginger guardó silencio unos instantes y luego confesó:

—Empiezo a dudar de mis ideales, Brod.

Cole respingó sorprendido.

—Oye, *Gin*, no puedes decir eso.

—Es lo que siento dentro de mí, Brod. Lamento lo que voy a decirte, pero... hemos cometido un acto canallresco. Estoy arrepentida de haber venido a los Estados Unidos y me siento... asqueada de mí misma.

—No debes decir esas cosas, *Gin*.

—Creo... creo que no sirvo para esto.

Brod se pasó la zurda por la nuca.

—La primera vez siempre ocurre lo mismo, *Gin* —dijo en tono grave—. Luego se habitúa uno a todo.

Ella sacudió la cabeza negando.

—Veo que no me comprendes, Brod. Es algo superior a mí, como... un extraño sentimiento repulsivo que se apodera de todo mi ser. Jamás conseguiría acostumbrarme a esto.

El joven le pasó el brazo por los hombros y sostuvo el volante con la mano zurda.

—Has prestado un gran servicio a tu patria, *Gin*. Eso es lo único en que debes pensar.

Ginger esbozó una triste sonrisa.

—Existen muchas formas de servir a un país, Brod —comenzó a decir despacio—. El terrorismo es la manera más vil, repugnante y criminal de hacerlo. Un terrorista tiene que ser una persona sin escrúpulos, o... un fanático idealista. Yo no puedo ser ninguna de ambas cosas. Creí que tendría fuerzas suficientes para servir al Partido, pero... el sentimiento de culpabilidad, de sentirme una desalmada... es superior a todo lo demás.

Se hizo un largo silencio entre ambos y Brod Cole acabó moviendo la cabeza lentamente.

—Creo que empiezo a comprenderte, nena —después de un nuevo silencio añadió—: Ese mismo sentimiento de repulsión debes sentirlo hacia mí, ¿no? Yo apretó el gatillo.

La chica se giró vivamente y posó los dedos en la mejilla masculina.

—¡No, Brod! —aseguró con ansiedad—. No me pidas que defina en estos momentos mis sentimientos hacia ti. No, ahora no podría hacerlo. Solo... que deseo seguir a tu lado.

El joven torció los labios en sonrisa mordaz.

—Algo es algo.

—¿A qué distancia se encuentra la frontera con México, Brod? —inquirió súbitamente ella.

Cole la miró fugazmente.

—¿Por qué deseas saberlo?

—Podríamos escapar a cualquier país de Sudamérica, Brod. Los

dos solos siempre unidos. Escondernos en lo más recóndito del Continente. Ser nosotros mismos y vivir nuestras vidas sin trabas, sin imposiciones. Por favor, Brod... no puedo seguir soportando esta tensión. Hazme caso y huyamos.

Cole suspiró con fuerza y sacudió la cabeza.

—Eso es un espejismo, nena.

—¿Por qué?

—Porque estás pidiendo un imposible, *Gin*.

Ella abatió la cabeza.

—Comprendo. He sido un pasatiempo para ti.

El joven la atrajo contra su pecho y besó sus cabellos. Volviendo la mirada al asfalto, dijo:

—No es eso, nena. Lo que ocurre es que todo eso que deseas es demasiado bonito... para poder realizarlo.

—Todo es posible cuando se desea con verdadera fuerza, Brod —dijo la chica apasionadamente—. Basta con poner nuestra mayor voluntad en conseguirlo.

—La vida es diferente, *Gin*.

—No, Brod. La vida puede ser como cada uno quiera que sea.

—¿Sí? ¿Y qué me dices de los problemas insolubles que se cruzan en nuestro camino? En primer lugar tratar de cruzar la frontera es una utopía. Los documentos que tenemos no sirven. Sin la documentación en regla no nos dejarían pasar a México. Y aún existen otras cosas.

Cole guardó silencio y lo miró vehemente Ginger.

—¿Cuáles, Brod?

—Por muy lejos que fuésemos nos encontrarían, *Gin*. Los rusos, o los americanos, no importa los que fueran. El resultado sería el mismo en ambos casos. Nuestra única posibilidad de vivir tranquilos estriba en regresar a Rusia. Una vez allí podríamos considerarnos a salvo.

—¿Hasta cuándo, Brod?

—No te entiendo.

—Me entiendes perfectamente. Cuando un servicio de espionaje prepara a un agente es para explotarlo hasta sacarle la última gota de sangre. Después de concluir una misión, viene otra, luego otra y otra... Así hasta terminar acribillando a balazos en cualquier país del mundo, o atrapado y ejecutado por el contraespionaje enemigo.

Brod encogió los hombros.

—Es posible que lo que dices sea cierto, *Gin*. Pero las personas no podemos elegir nuestro destino. Es él quien se divierte zarandeándonos de un lado a otro. Hasta que irremisiblemente nos llega la muerte y entonces... ¿qué importa la forma en que se presente ante nosotros si no podemos eludirla?

Hubo un prolongado silencio entre ambos jóvenes.

Lo rompió la muchacha diciendo con voz apenas audible:

—Si regresamos a Rusia nunca más volveríamos a estar juntos, Brod. ¿No lo has pensado?

—No veo la razón para evitarlo.

—Nunca envían a los mismos agentes dos veces. Es una forma de evitar la amistad, o... el amor.

—Eso puede depender de nosotros, ¿no?

Ginger movió la cabeza en sentido negativo.

—No nos permitirían casarnos, Brod. Un espía o terrorista soltero, es menos vulnerable.

Cole rió de manera espontánea.

—Oye... eso es una declaración en toda regla.

Ginger levantó hacia él la cara. Tenía los ojos cubiertos de lágrimas que fluían mansamente.

—Por favor... —musitó—. No te burles, Brod.

Cole la atrajo besándola nuevamente.

—Perdona. No ha sido ésa mi intención —hizo una pequeña pausa y enseguida agregó—: Lo que sucede es... que no acabo de comprenderte, cariño. ¿Dónde están tus ideales? ¿Cómo es posible que se hayan desvanecido de una forma tan súbita en tu mente?

Ginger se secó las mejillas con el dorso de la mano y lo miró intensamente.

—Un segundo puede ser toda una eternidad, Brod.

—¿Te importa explicarlo más claro?

La chica guardó silencio unos instantes. Luego comenzó a decir lentamente:

—Siempre había tenido fe en lo que hacía. Estaba segura de que era lo justo y de que mi obligación consistía en servir a mi patria en la forma que fuera. Por eso ingresé a las órdenes de Eugeni Kramskoi y puse todo mi afán en aprender lo que me enseñaban. Mientras todo fue teórico creí cuanto me decían. Luego... cuando

he comprobado para qué hemos sido adiestrados, siento asco de mí misma. Todos los Gobiernos del mundo suponen estar en poder de la verdad. Por eso no dudan en enviar a sus compatriotas a la muerte, o... a cosas infinitamente más denigrantes. Pienso que en el fondo todos son iguales de crueles, no importa que sean rusos, americanos, chinos, alemanes... Todos son idénticos de despiadados. ¿Y sabes por qué?

Con voz ronca, pidió Brod:

—Dímelo tú.

—Porque no tienen en cuenta los sentimientos humanos con tal de lograr sus fines. Por supuesto, alegan siempre que es para el triunfo final de una causa, de un ideal... Pero no tienen derecho a obligar a una persona a vivir dentro de la violencia, Brod. No, no tienen ningún derecho.

Brod Cole asintió taciturno y la apretó con más fuerza contra su pecho mientras seguía sosteniendo el volante con la zurda.

Sólo bastante rato después, dijo:

—Estoy de acuerdo contigo, *Gin*. Iremos a Albuquerque y si también han liquidado a Matthew Handlin... intentaremos llegar a México. Te lo prometo.

CAPÍTULO XII

El día nueve de octubre, a las diez y veinticinco minutos de la mañana, un «Dodge» color crema rodó lentamente por una calle poco transitada de Albuquerque. Acabó estacionándose frente al número cincuenta y dos.

En el interior del coche, dijo Harvey Quirk:

—Seth...

—Di, Harvey.

—Observa a tu alrededor y dime lo que ves.

Seth Foster frunció el ceño y obedeció extrañado. Finalmente se giró a su compañero sin comprender.

—No veo nada raro, Harvey. No comiences a ver fantasmas por todas partes, ¿entiendes? La radio no ha vuelto a ocuparse más de nosotros.

Harvey Quirk torció el gesto.

—No me gusta nada todo esto, Seth.

Foster imprecó una maldición.

—Esa frase te la he escuchado infinidad de veces en los últimos días, Harvey. ¿Qué infiernos es lo que no te gusta?

—La soledad, Seth. La calle aparece casi desierta a pesar de que son las diez y media. Fíjate en que sólo unos cuantos sujetos merodean cerca de aquí.

Foster reparó en lo que decía Quirk y terminó encogiéndose de hombros con un gesto de fastidio.

—Esta calle está situada en el extrarradio de la ciudad, Harvey. Todo el mundo estará en el trabajo.

—¿Y esos cinco fulanos?

—Serán desocupados. Vamos, Harvey, domina los nervios o acabarás contagiándome.

—Mira aquel larguirucho que se apoya en la puerta del bar, Seth —insistid Quirk—. Tiene toda la pinta de un policía. Yo diría que huele a distancia.

Seth Foster dio un manotazo en el volante.

—¿Quieres callarte de una vez, condenación? —exclamó exasperado—. Vamos a ver si está esperándonos Matthew Handlin. Y no te preocupes de esa gente.

Harvey lo retuvo del brazo.

—¿No esperamos la llegada de Ginger y Brod?

—¿Para qué? Ya que hemos sido los primeros en llegar entremos a echar un vistazo.

Antes de descender del coche, Seth Foster dirigió una mirada al número cuarenta y nueve, situado casi a la altura de ellos.

Se trataba de un edificio de tres plantas. Igual a todos los que se veían por allí. Se trataba de una barriada obrera y la uniformidad en las viviendas era patente. Según los datos facilitados por sus superiores en Moscú, Matthew Handlin ocupaba la puerta tres de la primera planta.

Por fin, Foster abrid la portezuela y bajó.

Aún no tenía los dos pies apoyados en el suelo, cuando sintió un duro contacto en los riñones y una voz fría advirtió tras él:

—Será mejor que no ofrezca resistencia.

El terrorista se quedó de muestra y apretó rabioso los dientes. Se habían dejado atrapar como dos novatos, por aquellos dos tipos que se habían deslizado desde la parte posterior del coche.

Harvey Quirk sostenía su portezuela a medio abrir, cuando el cañón de un revólver tomó contacto con su sien derecha. Y al igual que Foster, escuchó una advertencia:

—Quieto, muchacho.

Pero Quirk reaccionó de manera imprevista.

Quizá impulsado por el propio terror que lo dominaba.

Acabó de abrir violentamente la portezuela, que chocó contra el brazo cuya mano sostenía el revólver y éste cayó al suelo.

Saltó Harvey a la calle y mientras corría frenético en dirección al portal más próximo, llevó la diestra a la axila y sacó su propia pistola revolviéndose enloquecido de pánico.

Disparó sobre el hombre que había intentado apresarle.

El policía recibió el balazo en el hombro y describió un giro en

redondo yendo a caer contra el coche.

El otro agente, el que se hallaba detrás de Foster, quiso acudir en ayuda de su compañero herido y levantó la pistola apuntando a las piernas de Quirk.

Foster no dejó escapar la ocasión.

Golpeó con el canto de la mano el brazo armado y girándose como una centella le clavó la derecha en el hígado con saña salvaje. El agente se dobló dejando escapar un gemido y Foster levantó la rodilla estrellándosela bajo el mentón.

Su frustrado apresor se desplomó, desmadejado.

Seth Foster extrajo la pistola cuando ya varios agentes corrían agazapados hacia él.

Dudó unas fracciones de segundo en correr tras Harvey o introducirse de nuevo en el coche.

Optó por lo último.

Sentándose detrás del volante pisó a fondo el acelerador y el «Dodge» rugió saltando hacia adelante.

Varios disparos se estrellaron en la carrocería.

Foster, con los ojos desorbitados y las manos crispadas en el volante, llegó a creer que lograría abandonar la calle eludiendo a los hombres de la policía.

_ Pero no contó con que un agente del FBI debe tener los nervios de acero.

Uno de los agentes que corrían encorvados se plantó en el centro de la calzada. Levantó la mano armada y apuntó brevemente al auto que se le venía encima a vertiginosa velocidad.

Hizo fuego y rodó por el suelo alejándose.

Foster vio estallar el parabrisas en mil pedazos y de momento no tuvo noción de que hubiese ocurrido otra cosa. No se podía ver el agujero en la frente que comenzaba a manar sangre. Sólo sintió que las fuerzas lo abandonaban cuando más las necesitaba.

El «Dodge» zigzagueó unos segundos peligrosamente, yendo de un lado a otro de la calle. Perdido el dominio, y sin que unas manos firmes sujetaran el volante, acabó incrustándose en la fachada de un edificio.

El claxon sonó insistente al caer la cabeza de Foster sobre él.

En cuanto a Harvey Quirk, se internó en el portal abierto al mismo tiempo que varias balas mordían el quicio de la entrada.

Aquellas casas carecían de ascensor y Harvey comenzó a subir la escalera saltando los peldaños de dos en dos y de tres en tres. Dándole a las piernas todo lo rápido que le era posible.

Llegó a la primera planta y se detuvo unos instantes frente a la puerta marcada con el número tres. Titubeó brevemente dudando en llamar a ella o hacer saltar la cerradura a balazos. Enseguida pensó que de nada le serviría la ayuda, de Matthew Handlin.

Probablemente habría caído en manos del FBI.

Escuchó rumor de pasos precipitados en el portal y aquello acabó de decidirlo a seguir la huida.

Continuó subiendo escaleras a toda velocidad.

En la segunda planta se abrió una puerta y por ella asomó una mujer de mediana edad. A juzgar por la bata medio abierta que revestía se hallaba durmiendo cuando comenzaron las detonaciones. De pronto se encontró de frente con el rostro desencajado de Harvey y vio el enorme pistolón que empuñaba.

Dejó escapar un grito estridente y antes de que Quirk llegara a su altura ya había cerrado violentamente la madera.

Harvey llegó a la tercera planta jadeante y chorreando sudor por todos sus poros.

Los pasos se escuchaban cada vez más próximos y Quirk asomó la cabeza por el hueco de la escalera abriendo fuego contra sus perseguidores, al tiempo que gritaba enloquecido:

—¡Venid a buscarme, perros policías!

Varios disparos respondieron al suyo.

Harvey se echó hacia atrás con prontitud y una de las balas estuvo a punto de reventarle la cabeza.

Resollando de cansancio siguió hacia la terraza.

La puerta estaba cerrada con llave y Quirk disparó sin pensarlo contra la cerradura. Al segundo disparo saltó hecha pedazos y el terrorista se internó en la azotea.

Corrió a refugiarse tras un saliente y allí se agazapó vigilando la salida de la escalera.

Pudo escuchar que los pasos se detenían en el descansillo sin que ninguno de los agentes del FBI se atreviera a asomarse. Rió reflejando en el rostro una mueca horrible.

—No tenéis agallas, ¿eh? —habló en voz alta—. Venga, hombres, demostrad vuestro coraje.

Un silencio absoluto lo envolvió.

Al prolongarse acabó con los nervios destrozados.

Se enderezó loco de furia homicida, perdido todo control sobre sí mismo. De su garganta brotó una carcajada de demente y avanzó hacia la puerta con la pistola por delante.

—¡Voy en vuestra busca, porros! —gritó con todas sus fuerzas—. ¡La pieza se resiste a ser cazada!

Fue entonces cuando un bulto brotó del hueco de la escalera como una exhalación.

Un agente rodó por el suelo de la azotea.

Harvey abrió fuego contra él, pero entre su precipitación y el continuo movimiento del agente, erró el disparo.

El del FBI no le dio tiempo a rectificar.

Le clavó dos balazos consecutivos en el pecho.

Harvey Quirk abrió desmesuradamente los ojos y la pistola resbaló de su mano cayendo al suelo. Luego dio varios pasos vacilantes en dirección al pretil de la terraza. Se apoyó en él sin querer dar crédito a que la muerte le hubiese llegado tan pronto.

Abrió la boca y sus labios se mancharon de sangre.

De su propia sangre que le subía en hemorragia mortal.

Su cuerpo se dobló súbitamente sobre el pretil y antes de que ningún agente pudiera evitarlo dio una voltereta cayendo al vacío después de emitir un ronco estertor.

Cuando su cuerpo se estrelló en la calzada era ya un cadáver.

Bajo él comenzó a formarse un gran charco de sangre.

Al fondo de la calle, en una esquina situada a unos ciento cincuenta metros, Brod Cole apretó las manos sobre el volante del «Chevrolet» hasta que sus nudillos se tornaron blancos.

Otros vehículos también se habían detenido a curiosear lo que estaba ocurriendo.

Con los maxilares apretados, masculló Cole:

—Nada podemos hacer por nuestros compañeros, Ginger. Vámonos de aquí cuanto antes.

CAPÍTULO XIII

Brod Cole detuvo el coche a varias millas de Albuquerque. Apoyó la nuca en el respaldo del asiento y cerró los ojos. Se cubrió el rostro con las manos en patético ademán de impotencia.

—Es inútil todo cuanto hagamos por escapar —confesó moralmente deshecho—. Nos tienen copados.

Ginger estaba pálida como la cera.

—Ha sido horrible ver morir a Seth y Harvey.

—Y nosotros hemos tenido una gran suerte en llegar después que ellos —se estremeció Cole—. En caso d8 habernos adelantado ahora seríamos nosotros los muertos.

—¿Por qué tuvieron que resistirse? —musitó la chica—. Los podían apresar, pero siempre queda un resquicio por el que poder salvar la vida.

Cole rió, escéptico.

—¿Tú crees? A un terrorista sólo le espera la ejecución. No, *Gin*, yo en lugar de ellos hubiera hecho lo mismo. Jamás me dejaré atrapar con vida.

Ella lo envolvió en una intensa mirada.

—Por favor, Brod... No digas eso.

—¿Qué quieres? —estalló el joven—. ¿Supones que podría soportar un juicio por alta traición sabiendo de antemano que el final sería la pena de muerte?

—Tú confiabas en poder escapar, Brod.

—Ahora veo las cosas de distinta forma. Al parecer los tenemos demasiado encima.

—¿Huiremos a México?

Brod golpeó el salpicadero con rabia.

—¿No comprendes que sería imposible escapar? —estalló

iracundo— No lo conseguiríamos jamás, *Gin*.

—Hemos de intentarlo, Brod. Tú mismo dijiste a Seth y Harvey que había que conservar la calma. Lo que no podemos hacer es quedarnos aquí parados esperando que vengan.

—Está bien —gruñó de mala gana el joven—. Pero olvida, la idea de cruzar la frontera. Caeríamos en manos del FBI.

—¿Y si vamos a Canadá?

Brod giró la cabeza y la miró sorprendido.

—¿Canadá? —inquirió asombrado—. Resultaría infinitamente peor que intentar alcanzar México. No, *Gin*, de momento no tenemos otra solución que seguir dentro del país.

—Pero...

Cole levantó la diestra abierta.

—No insistas. Te lo ruego.

La muchacha encogió los hombros desalentada y se sumió en un profundo silencio.

El «Chevrolet» se puso nuevamente en movimiento.

Después de un trecho, preguntó Ginger:

—¿Hacia dónde nos dirigimos?

Ahora le tocó el turno de encoger los hombros al joven.

—¿Qué más da? Lo importante es alejarnos de Albuquerque todo lo que nos dejen. Si tuviésemos documentación en regla...

Ginger no dijo nada.

El coche se deslizó a buena velocidad en dirección a Amarillo, en Texas. Durante largo rato ninguno de los dos despegó los labios. Las ciudades fueron quedando atrás sin que nadie intentara detenerlos. En dos ocasiones vieron a motoristas de la policía.

Pasaron junto a ellos sin ser molestados.

Habían rodado unas treinta millas, cuando Brod, que en todo instante se mantuvo en actitud meditativa, dijo con entonación en la que vibraba cierta animación:

—Quizá tengamos todavía una oportunidad de escapar, *Gin*.

La chica se giró en el asiento mirándolo interesada.

—¿Cuál, Brod?

—Escucha con atención —pidió el joven sin dejar de conducir—. Lo que necesitamos a toda costa son documentaciones que puedan pasar por verdaderas, ¿no? O que alguien con buenos contactos nos saque de los Estados Unidos, ¿verdad?

—Sí...

—¿Y quién supones que nos la puede facilitar mejor que nadie?
Ginger arqueó las cejas sin comprender.

—No lo sé, Brod.

—Nuestros compañeros aquí. Gilbert, Higham, o Handlin, no hubiesen tenido problemas para sacarnos de aquí. Ellos tienen una organización bien montada y pueden hacerlo.

—Pero han muerto.

—Eso es evidente. Y es posible que hicieran cantar a Gilbert Murray antes de acabar con él. De otra forma no se explica que nos estén aguardando en todos los puntos a los que acudimos.

En la cara de Ginger se plasmó el desaliento.

—Eso sólo demuestra que no podemos ir a ninguno de los que faltan.

—¡Un momento! —solicitó Brod cada vez más excitado—. El FBI sabe que viajamos en coche y no se dan demasiado prisa. Les basta con ir esperando en cada uno de los lugares que forzosamente tenemos que visitar. En lógica, debemos detenernos en Oklahoma City y acercarnos a Slim Freeman. En caso de fallar el contacto de Freeman deberíamos dirigirnos a Tom Herbert en San Luis. Y últimamente aún nos quedaría el recurso de utilizar a Kenneth Bros en Memphis, ¿cierto?

Ginger cabeceó en sentido afirmativo.

—Pues bien, no lo haremos en la forma que el FBI espera.

—No te comprendo.

—Para viajar en avión por el interior del país no hace falta documentación, *Gin*. Basta con dar un nombre y la empleada lo anota en el pasaje. ¿Te das cuenta?

La chica movió la cabeza negando.

—No acabo de ver tu idea, Brod. Lo siento.

—¡Pero si está claro, nena! —exclamó el joven—. Llegaremos a Oklahoma City, pero sin intentar el contacto con Freeman. Iremos al aeropuerto y cogeremos el primer vuelo a Memphis. Es posible que el FBI no nos espere tan pronto en aquella ciudad y logremos ver a Kenneth Bros.

Ginger quedó unos instantes pensativa.

—¿Tú crees que saldrá bien?

—De todas formas es lo único que podemos hacer. Deambulando

de un lugar a otro del país, sólo hacemos que alargar el memento de caer en sus manos.

Ella guardó silencio unos segundos y a continuación le escrutó el fondo de los ojos.

—Sigues pensando en regresar a Rusia, ¿verdad, Brod?

Cole sacudió la cabeza.

—Eso es otra cosa, nena —dijo convencido—. También estoy harto de todo esto y me gusta tu idea de huir a un país de Sudamérica. Será más fácil conseguirlo, una vez nos encontremos fuera de los Estados Unidos. Nuestros amigos no pueden desconfiar de nosotros ya que hemos llevado a cabo la misión encomendada, Podríamos buscar el medio de burlarlos y escapar a Chile, Venezuela, o Perú. En esos países existen remotos lugares donde poder ocultarnos.

Se hizo un nuevo silencio y dijo Ginger:

—Pero si hicieron hablar a Gilbert Murray mantendrán vigilado a Kenneth Bros.

—Puede ser. De todas formas es un riesgo que hay que correr. No se me ocurre otra cosa.

De nuevo se sumieron ambos en largo silencio.

Era evidente que iban dándole vuelta en la cabeza a la idea de él. Pensando en los posibles fallos, puliendo los pequeños detalles que pudieran surgir.

Sin embargo, Ginger pensaba en otra cosa muy distinta.

Llegaron sin novedad a Oklahoma City cuando estaba anocheciendo en la ciudad. Cole dirigió el coche al aeropuerto siguiendo las indicaciones que marcaban la dirección. Buscó un lugar en el abarrotado aparcamiento de vehículos y detuvo el «Chevrolet».

—Bueno —comentó—. Ahora sólo tenemos que sacar dos pasajes para Memphis y desearnos suerte mutuamente.

Hizo intención de descender, pero lo contuvo la chica llamando:

—Brod...

El joven se giró mirándola.

—Di, *Gin*.

—No saques los billetes para Memphis. Hazlo para Nueva York.

Cole arrugó el ceño asombrado.

—¿Te has vuelto loca? Kenneth Bros nos espera en Memphis. No

conocemos a nadie en Nueva York, *Gin*.

—Ir a Memphis significa correr un gran riesgo, Brod. No quiero que lo hagamos.

—Sí, pero en Nueva York.

—Allí conozco a una persona que puede sacarnos de los Estados Unidos sin dificultad, Brod.

Cole quedó estupefacto.

—¿Cómo dices?

—En Nueva York se encuentra la persona que puede prestarnos ayuda, Brod. Ni siquiera Gilbert Murray y los otros conocían su identidad y por lo tanto no puede haber sido delatado. No estará vigilado por los hombres del FBI.

El joven se pasó la mano por el rostro.

—No lo comprendo, *Gin*. Palabra que no entiendo nada.

—Debo confesarte algo, Brod.

Cole dio una brusca cabezada.

—De acuerdo —masculló—. Prometo no extrañarme de nada cuanto puedas decir.

Ginger hizo una breve pausa y dijo:

—Cuando Eugeni Kramskoi nos facilitó aquellas instrucciones para retener en la mente, mi *dossier* era distinto al vuestro. Contenía órdenes concretas respecto a vosotros.

—No me digas.

—En el caso de que uno de los tres cayera en manos de los agentes norteamericanos, yo debía escapar de vuestro lado y dirigirme a Nueva York. En aquella ciudad se encuentra William Hardy, jefe absoluto del espionaje soviético en Norteamérica. En realidad su verdadero nombre es Serguei Godunov y él debería hacerse cargo del asunto.

—Comprendo —rió agriamente Cole—. Encargándose de que nos cerraran la boca. El clásico sistema ruso.

—Ahora podemos ir a verlo los dos, Brod.

—Te recriminarán haberme revelado el secreto, *Gin*.

La muchacha levantó los hombros esbozando una tenue sonrisa.

—¿Qué importa, si escapásemos a Sudamérica? Diremos a Godunov que la misión se ha cumplido y que estamos en apuros para abandonar el país. Tendrá que ayudarnos aunque no le gusté que te haya descubierto su identidad. De todas formas, no tomarían

ninguna medida contra mí hasta que nos encontráramos en Rusia. Y nunca regresaremos, ¿verdad, Brod?

Cole dio una firme cabezada de asentimiento.

—Puedes estar segura, nena.

—Vamos a sacar los pasajes para Nueva York, Brod.

—Sí, vamos.

Ambos jóvenes abandonaron el coche y penetraron en el edificio del aeropuerto. Cole se dirigió a un mostrador y adquirió dos billetes para el vuelo que salía dos horas más tarde hacia la ciudad de los rascacielos.

Regresando junto a Ginger, informó:

—Ya tengo los pasajes.

—¿Cuándo saldrá el avión?

—Dentro de dos horas.

—Me van a parecer dos siglos, Brod.

El joven la miró fijamente a los ojos. Se encontraban en el centro del enorme vestíbulo y súbitamente la estrechó entre sus brazos y la besó apasionado en la boca.

Ginger parpadeó sorprendida.

—Brod...

—Quiero que sepas una cosa, nena —dijo él enronquecida la voz—. Pase lo que pase en adelante, te amo como jamás pensé que podría querer a una persona. Y no consentiré que nadie te cause daño alguno. Me tendrás siempre a tu lado.

Ella parpadeó sin comprender.

Brod la separó suavemente y le indicó la sala de espera.

—Vete allí, *Gin* —dijo—. Enseguida me reúno contigo. Tengo necesidad de ir al lavabo.

Ginger obedeció algo confusa.

Brod Cole la vio andar unos instantes y luego giró sobre sus talones y se dirigió a los lavabos. Ya en ellos se aproximó a un teléfono y descolgándolo marcó un número.

Al obtener la comunicación, se limitó a decir:

—¿Walcutt? Aquí Kent Halloran. Nuestro hombre es Serguei Godunov y en Nueva York se hace pasar por William Hardy.

CAPÍTULO XIV

En un despacho oficial de Washington se encontraban reunidos cuatro hombres. Altas personalidades del Gobierno de los Estados Unidos. Se trataba del secretario de Estado y los directores del FBI y la CIA. Frente a ellos ocupaba un sillón Eric Walcutt.

A una indicación del secretario de Estado, comenzó a explicar lentamente Walcutt:

—La misión del agente Kent Halloran se inició hace diez años en Italia. Allí simuló asesinar a dos compañeros suyos pasando después a Yugoslavia, donde pidió asilo. Desde luego procuramos dar verdadera autenticidad a las muertes. Nos interesaba tener a un hombre entre los soviets, aunque, a decir verdad, nunca confiamos demasiado en el éxito de la misión. Sin embargo, Halloran consiguió ganarse la confianza de los rusos y fue enviado a varios lugares de Europa con misiones de escasa importancia. Nosotros le ayudamos simulando algunas muertes más, llevadas a cabo por el supuesto traidor. Se hizo cuidando toda clase de detalles para que no pudieran sospechar de él.

El director de la CIA, inquirió:

—¿Cómo lo hicieron?

—Utilizando el mismo truco que se emplea desde hace tiempo en el cine y retirando de todo servicio a los agentes supuestamente asesinados.

—Comprendo.

—Cuando introducimos a Kent Halloran en la Unión Soviética, lo hicimos sin un fin determinado. Simplemente por tener a uno de nuestros hombres infiltrado entre ellos. No obstante, no descartamos la posibilidad de que cualquier día Halloran fuese enviado a los Estados Unidos con fines terroristas. Es algo que los

soviéticos hacen con bastante frecuencia en muchos países, incluido el nuestro. Debo confesar que realmente hemos tenido más suerte de la que esperábamos. Halloran fue enviado formando parte de un comando, acompañado de dos auténticos traidores y de una agente femenina rusa. El cometido era asesinar al senador Irving H. Veblen, firme candidato a la presidencia y al mismo tiempo un anticomunista nato. Me entrevisté con el senador, tan pronto fui informado por un enlace que contactó con Halloran. Nuestro hombre era el único del grupo que conocía los propósitos que traían, gracias a la sincera amistad de un tal Pushkin que lo advirtió del peligro que correrían.

—¿Y el senador Veblen consintió en sacrificar su carrera política, Walcutt? —interrogó el secretario de Estado.

—Así es, señor. Logré disuadirlo de que se puede servir a la patria de muchas maneras. En realidad sólo ha retrasado cuatro años su escalada a la Casa Blanca. Oficialmente, el senador se recuperará de sus graves heridas gracias a la fuerte complexión que posee. Dentro de unas semanas se hallará totalmente bien y en las próximas elecciones seguirá siendo el favorito.

—Tengo que reconocer que será una buena baza a su favor.

—Lo mismo que hacen los actores cuando ruedan una película, Veblen se colocó sendas bolsitas conteniendo líquido rojo semejante a la sangre en el pecho y cuello de la camisa. En el momento adecuado las hizo estallar y se desplomó fingiéndose herido. Naturalmente, los primeros en acudir en su auxilio fueron mis agentes. Los doctores que lo atendieron y siguen a su lado, son de absoluta confianza.

Se hizo un silencio y poco después continuó Walcutt:

—Con Kent Halloran hemos sostenido varios contactos desde que entraron en el país. Cuando fue a pagar la cuenta del motel después de la primera noche, en el bosque cuando comprobó el fusil, cuando se acercó a comprar un diario... Nos daba completa información de lo que ocurría. En el bosque le fueron entregados cartuchos de fogeo para el fusil y la pistola. Gracias a ellos pudo evitar que Harvey Quirk asesinara a dos policías que utilizaron el mismo truco que Veblen. Eso se hizo, por si alguno llegaba a sospechar de Halloran.

El director de la CIA movió la cabeza.

—Comprendo.

—Una vez perpetrado el atentado comenzó el acoso con el propósito de que la agente femenina delatara a algún pez gordo de la organización. Halloran así lo sospechaba, por la mirada que Kramskoi dirigió a la chica cuando les daba instrucciones en el Kremlin. Su sospecha de que ella conociera a alguien importante se ha confirmado plenamente. En el acoso tuvimos que simular las muertes de Gilbert Murray y Will Higham. El propio Halloran se adelantó a sus compañeros y les mintió diciendo que estaban muertos, cuando en realidad sólo se hallaban narcotizados y cubiertos de sangre.

—Siga, Walcutt.

—Cuando Halloran se aproximó a comprar un diario en Phoenix nos comunicó que debíamos proceder a la captura de Harvey Quirk y Seth Foster, para así presionar más a la muchacha. Por desgracia los dos traidores ofrecieron resistencia y tuvieron que ser abatidos por mis agentes. Hirieron a dos de mis muchachos, aunque ninguno de gravedad. Una vez Halloran consiguió sacar a su compañera el nombre de Serguei Godunov, se ha llevado a cabo una importante redada. Yo diría que por el momento podemos estar tranquilos respecto al espionaje soviético.

Eric Walcutt levantó los hombros y sonrió levemente concluyendo:

—Supongo que sólo será por unos meses, claro. Después volverán a organizarlo otra vez.

Cuando Walcutt terminó se hizo un prolongado silencio. Lo rompió al cabo de unos segundos el secretario de Estado, diciendo:

—Han llevado a buen término un excelente trabajo. Lástima que a un espía no se le pueda conceder la medalla del Congreso. Ese muchacho que ha tenido que pasar diez años entre los rusos la merece.

—Kent Halloran ya tiene su recompensa, señor.

—¿A qué se refiere?

—Como premio a su labor solicitó un favor.

—¿Cuál?

—Que dejáramos salir de los Estados Unidos a la agente rusa.

—¿Y usted qué ha hecho?

—En estos momentos van camino de España, señor. Halloran

aseguró que ella era realmente inofensiva y lo sería más en adelante, convertida en su esposa.

—¿Ha dejado Kent Halloran el Servicio Secreto?

—En efecto, señor. Diez años de sueldo atrasado han representado una pequeña fortuna para él. También les he facilitado nueva documentación a ambos. Kent Halloran y María Starov han dejado de existir oficialmente para rusos y norteamericanos.

El secretario de Estado miró fijamente a Walcutt.

—¿Es usted sentimental, Walcutt?

—Sólo lo justo, señor.

—Bien... debo decirle que apruebo su conducta. Ese joven posee un perfecto derecho a dejarnos, y al premio que ha recibido. Aunque... el secretario de Estado hizo una breve pausa y acabó risueño: —En ocasiones, una mujer por compañera no es un premio.

—En éste caso lo es, señor.

—¿Y dice que han salido para España?

—Así es, señor. Piensan instalarse en una pequeña isla llamada Ibiza y llevar una vida tranquila.

El secretario de Estado afirmó con la cabeza.

—Ese joven se lo ha ganado a pulso.

* * *

Desde la colina donde se ubicaba el hotel se podía contemplar la pequeña y blanca ciudad de Ibiza. A la derecha, el mar azulado de cuyas aguas sobresalían negruzcos algunos peñascos.

La habitación que ocupaban tenía una terrazita y en ella se encontraban Kent y María Caine.

Con la mirada perdida en las diminutas y bellas calitas del litoral, dijo Kent:

—Aquí podemos ser inmensamente felices, María.

La hermosa joven que se hallaba a su lado, murmuró:

—Sí, Kent.

—Pondremos un negocio, cualquier cosa... una tienda de artículos fotográficos, una *boutique*... algo que nos permita ir viviendo sin agobios. Tampoco necesitamos demasiado para vivir apaciblemente en este hermoso lugar.

Después de unos segundos, preguntó ella:

—¿No echarás de menos tu vida anterior, Kent? Ya sabes... la

emoción embriagadora del constante peligro, la acción ininterrumpida, correr continuos riesgos...

Kent se giró a ella y la sujetó por los hombros.

Inclinándose la besó apasionado en los labios.

—Tu boca será una tentación y un continuo peligro para mí, nena —murmuró—. Te lo prometo.

—Sí, pero... las personas adquirimos hábitos de los que resulta difícil despegarse, Kent.

—Yo me habituareé enseguida al calor de tus labios y a la tibieza de tu piel, cariño.

Ella hizo un mohín desviando la conversación.

—No sé si fiarme de tus palabras, Kent. Aún no he acabado de perdonarte el engaño.

Kent la miró fijo a los ojos.

—Jamás te he engañado, María. A ti sólo te dije que te amaba más que a nada en el mundo y eso es una verdad como una loma. Fue a tus antiguos jefes a los que engañé.

—Sí, pero...

—Dejemos eso, querida —pidió el joven besándola nuevamente—. Pertenece al pasado y nunca volverá a interferir en nuestras vidas. Miremos hacia el esplendoroso futuro.

—¿Estás seguro, Kent?

El joven arrugó el ceño.

—¿De qué?

—De que el pasado no volverá a interferir en nuestras vidas. Tengo un poco de miedo.

—Puedes estar tranquila, María.

—El señor Eric Walcutt se portó maravillosamente con nosotros. Yo diría que sospechosamente bien.

Kent sonrió.

—No podía negarme el favor después de todo lo que hice, amor mío. Me lo tenía bien ganado.

María sacudió la cabeza dubitativa.

—Tengo miedo de que en realidad continúes en el Servicio Secreto de tu país, Kent.

—Apártalo de tu imaginación.

—Me gustaría estar completamente segura de ello —hizo una breve pausa, para inquirir mirándolo intensamente al fondo de los

ojos—: ¿Puedo sentirme segura, Kent?

El joven esbozó una alegre sonrisa y se pasó la mano por los cabellos.

—Bueno... no voy a negarte que me ofrecí a Walcutt por si en alguna ocasión se presenta un problema por estas latitudes. La verdad es que...

—¡Kent...!

—Dime, nena.

—¡No consentiré que Walcutt vuelva a utilizarte!

—¿Cómo piensas impedirlo?

—Así.

Y uniendo la acción a la palabra. María se colgó del cuello masculino aplastando su boca en la de él. Al mismo tiempo adosó su cuerpo al de Kent como si pretendiera fundirlos en uno solo.

Cuando ella acabó la caricia, movió el joven la cabeza en sentido afirmativo.

—Seguro que le ganas la partida a Walcutt, querida. Anda, prueba otra vez tus armas.

En realidad, Kent Halloran sabía que no habría competencia alguna. La azarosa vida llevada hasta entonces había quedado atrás para siempre.

FIN

Seudónimo con el que escribe el autor Juan Mora Gutiérrez.